Acad-II
Esp-101

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN ARMADA Y LOSADA

MARQUÉS DE FIGUEROA

Y

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 1918

MADRID
IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
FOTOGRABADO Y ENCUADERNACIÓN
GLORIETA DE CHAMBERÍ.—TÉF. J. 430
1918

R 40721

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN ARMADA Y LOSADA

MARQUÉS DE FIGUEROA

Y

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 1918

MADRID
IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
FOTOGRABADO Y ENCUADERNACIÓN
PLAZA DE CHAMBERÍ.—TELÉF. J. 430
1918

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN ARMADA Y LOSADA

MARQUÉS DE SIDDENHAM

Y

DEL EXCMO. SEÑOR

DON ANTONIO MAURA Y MONTANER

EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 1918

MADRID

IMPRENTA DE ESTELA ESPAÑOLA

FORTANET, C. ARGENSOLA, 3

PLAZA DE CHAMBERÍ—TELÉF. N.º 1.170

1918

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN ARMADA Y LOSADA

MARQUÉS DE FIGUEROA

¡Singular condición la de nuestra vida, siempre incierta, extraña y fecunda en sorpresas! Sucediéndose incesantes, quitan unas a otras lugar, y apenas lo dejan al examen y a la consideración de los casos que más sorprenden, y que por el mero hecho de ser, pronto llegan a parecernos naturales. ¡Bien quisiera, pudiere aplicarse tal observación, al presente caso y momento!

Temeroso y confundido, no interrogo, no indago el origen de vuestra bondad; propio de los elevados espíritus, así el otorgarlas como el no guardar de ellas recuerdo. Por completo lo ha de recoger, el ánimo de quien recibe merced y beneficio, y sólo mostrará merecerlo, con ofrecimiento de voluntad, que la gratitud, al mismo tiempo, rinda y levante. Se rescatan de tal manera los ánimos modestos, fieles y perseverantes seguidores de una dirección. Acogiéndome a la vuestra, pienso podré, en algo, cooperar a la empresa, sobre todas importante y principal, que os está encomendada. Ninguna cabe fiar a la mera acción de los excelsos, de los escogidos, que, aun siéndolo, no se bastan; que quizás por la misma principalidad se dificultan, y en la disconformidad, pierden fuerza y vigor; no pocas veces reco-

brado por ministerio de los que inferiores en sí mismos, están, sin embargo, dotados de subalterna, complementaria virtud, también valiosa. Lo es la que sirve de aleación, que sujeta, liga y compone, cuando, por una u otra manera, se extiende a la generalidad, y levanta y mueve el fermento social, levadura que aprovecha toda materia, que incluso da virtualidad a la ruin escoria, y que constante mantiene, y a ratos aviva, creador o renovador impulso. ¡Cuánto de él necesita, atrayendo a todos, con indescifrable misterio, el lenguaje, nunca bastantes y contradictorias siempre, las investigaciones sobre su origen y naturaleza, que, inherente a la sociedad, la conmueve hasta su entraña, y llegando a lo más íntimo, y subiendo a lo más alto, cifra todo saber y esparce sobre quienes tal saber cultivan, vislumbres y reflejos de inmortalidad!

Nació esta Real Academia, para atender al patrimonio por excelencia de la lengua, cuando ella,—y todo otro patrimonio nuestro,—andaba muy caída, era poco preciada. Fué, pues, motivo de ventura la creación oficial del Instituto; lo fué que prosiguiese su obra, con verdadero espíritu de unidad, salvándola entre cambios y contradicciones incesantes. No pasan ellas sin dejar influjo de recuerdo, acrecentamiento en la tradición, que tanto cuenta para los fines que perseverantemente proseguís, volviendo por la lengua, preservando su carácter, manteniendo su pureza, siendo parte a que, al desenvolverse fecunda y próspera, florezca con perfecciones nuevas, que vayan sumándose a tantas como logró atesorar, en días de gloria.

Siempre vi la Institución Académica, a gran distancia y en gran altura; según la mostraba don Gumersindo Laverde Ruiz, el inspirado, el docto, el amante, el preclarísimo maes-

tro, que lo fué de tantos maestros, y que a tantos, de los más señalados, dió inspiración y guía, cuando compartió con ellos sus trabajos (1). Como ningunas íntimas, las relaciones que le unieron a Milá y Fontanals y a Menéndez Pelayo. De lo que éste le debió, nadie sino él mismo podía decir, y siempre, en efecto, decía; pero no hubo lugar a que le dedicase la conmemoración, debida por tantos motivos; bastara el de ser Laverde, iniciador y fomentador principal de los estudios estéticos, entre nosotros.

La Estética, de Milá, fué para Laverde, preferente libro de texto; el comentario siempre sustancioso y razonado, el texto vivo del sabio profesor, dejó en mi ánimo—discípulo suyo en la Universidad de Santiago—impresión muy profunda; viva, perenne, fija la memoria de tales enseñanzas; borrada, enteramente, la de otras, como vanas efímeras. La premiosa, la difícil expresión de Laverde, (torturaba su cuerpo la dolencia, sin dejarle momento de reposo), recibía del mismo esfuerzo constante, energía mayor, y en el ánimo del oyente, iba inculcando frases felicísimas, llenas de intensidad de pensamiento. Cuando se transformaba aquel hombre, cuando sobreponía al dolor el sentimiento de la belleza, era belleza singular, la que irradiaba de su frente! La inspiración de poeta, el conocimiento de filósofo, el saber de filólogo, todo le señalaba y calificaba como dechado de maestro en Estética, saber que tantos otros resume, y al que ofrecen lo mejor de sus investigaciones y sus creaciones, la ciencia y el arte. Laverde imprimió a los espíritus dirección; por malaventura, dejé muchas veces de seguirla; nunca dejaré de re-

(1) Por vía de Apéndice, pongo al final unos renglones, dedicados a la memoria de Laverde.

memorarla. Y a ella vuelvo, y, encomendándome a ella, pienso tomo el camino mejor para llegar hasta vosotros.

Quizás no encontréis ya del todo temerario, que dedique a la materia Estética, algunas consideraciones, trasunto de aquellas que me atrajeron y ganaron por el amor a lo bello, afanoso de su posesión.

Dondequiera hallamos reflejos y gérmenes de belleza; condición superior que han las cosas y que nunca discernen debidamente, los espíritus; para los que más logran sentirla, es de gran dificultad comunicarla. Ni hay habla que en esa relación, exprese bastante, aun siendo el lenguaje en sí, en su interna unidad y variedad, ejemplar manifestación de belleza, al par que medio para que tantas y tantas otras, se nos alcancen y descubran; siempre de una manera incierta, deficiente, sintiendo, columbrando, harto más de lo que revelan esas parciales y pasajeras manifestaciones, reducción, por de contado de la belleza, a lo que ya la merma y limita; a tiempo y espacio. Condiciones, categorías de que no cabe prescindamos, al reconocer y expresar lo que está sobre el espacio y el tiempo, lo que únicamente y en cierto modo se fija, mediante las obras superiores, que, de tarde en tarde, ilumina, alumbra, espíritu inmortal, creando vínculo que a los más diferentes y apartados aproxima, une, en medio del cambio, de la mudanza incesante, de cosas y de gentes. Elevado a la región del arte, el ánimo sobrepónese a dolorosas experiencias, aquí sin cesar renovadas, tantos los académicos, que hacen en la corporación, estancia brevísima!

Fué don Francisco Fernández Béthencourt, el que, últimamente, ocupó la silla, para que me habéis designado. En un ayer inmediato, parecen confundirse el día que lo perdisteis y

aquel en que, con gran alborozo, llegaba a la Academia de sus afanes.

Enalteciendo a los que le precedieron en esta silla, invocaba las glorias de grandes señores, que sobre ningún otro señorío, sabían poner el de las letras. Citaba, como ejemplo, el del marqués de Molins, que hallando preeminente lugar en las genealogías, a todo otro timbre anteponía el académico; galardón, preciadísimo, de una existencia preferentemente dedicada a las letras, de que era fervoroso cultivador y propulsor constante. Recordaba Béthencourt, el acierto grande, con que le disteis por sucesor, juzgador y encomiador, a don Francisco Silvela, dotado de muchas admirables condiciones, preeminentes las del crítico; no en vano añadió a las de tradición familiar, enseñanzas de los nuevos tiempos, que trajeron amplitudes y ensanches a los cánones, antes harto restringidos, de la preceptiva literaria. Era el espíritu de los suyos, pero abierto a nuevas influencias, prendado de cuantas, por el sentimiento renuevan y mejoran la vida; y todo eso, sin que perdiese un punto, la serenidad, la discreción y la templanza, definidoras del buen gusto; garantía del juicio crítico, que únicamente deja de ser superficial y exterior, cuando el sentimiento le anima, y llegando a las intimidades donde se recata la belleza, logra dar al propio y al ajeno espíritu, la intensa satisfacción de lo estético. Mal avenido Silvela con lo vulgar, con cuanto le circundaba y oprimía, ello fué parte a estimular y agudizar su sentido crítico, no bastante a obtener corrección, en cuanto alrededor suyo, la había menester; cuanto supo, a la postre, alejar de sí, con señoril y desdeñoso movimiento; el merecido por aquellas subalternas o negativas cosas, que impedían volviese su espíritu, a la noblemente inte-

resada aspiración del bien, a la desinteresada contemplación de la belleza.

Celebrar grandezas pasadas, es modo de acompañar a Fernández Béthencourt, en sus complacencias mayores. Las mostró constante. Es de fines de diciembre de 1879, una curiosa carta, en que refiere las impresiones de su primera Nochebuena en Madrid, en el palacio del conde de Cheste (1). Había que ver lo que significaba, para provinciano recién llegado a la corte—siquiera viniese del archipiélago famoso, suma de los mayores encantos y glorias—el hallarse en los estrados de una mansión, por antonomasia académica, y ante personaje a quien la ventura negó muchas veces sus favores. Bien que los adversos casos, los infortunados vencimientos, son aureola incomparable, para quien, con ánimo sereno, los recibe y domina. En el conde de Cheste, durante aquella recepción memorable, veía Béthencourt, sobre todo, al director de la Academia, y de algún modo personificaba en él, glorias con que volvían tantas otras; las que fijan los emblemas, las que guardan los linajes; encumbramientos humanos transitorios y pasajeros, si no dan argumento a las letras, que mediante ellas florece, con esplendor y brillo, toda primacía espiritual. Vale, como ejemplar figura, la del infante don Juan Manuel, de rango y ascendiente singularísimos en la Historia; enaltecida la suya, para el propio Béthencourt muy pagado de honores, por el honor sin par, de la creación literaria. Es, efectivamente, el libro del Conde Lucanor, incomparable pergamino, en que, para siempre, quedó consignada la que es de aquel personaje, principal ejecutoria: «Nobres enxiempros de bien obrar y bien decir.»

(1) Publicada en una Revista Canaria, forma parte de la colección de trabajos que titula, «Príncipes y caballeros.»

Aunque arrecien las contradicciones, en días turbados, aquellas siembras prevalecerán; serán frutos, que más o menos tarde, han de recogerse; pronto darían principio, antes de mucho traerían los días más gloriosos y de renombre mayor, entre los que andan en ningunas historias.

Querellábase constantemente Béthencourt, del tiempo que le tocó vivir; de que no hubiese Academias, en casa de los magnates, de que las grandezas señoriales, no se confundiesen con las Académicas, y así dejasen de estar unidos, enlazados a los florones de las coronas, laureles y palmas.

Consagró Béthencourt su vida entera, a los estudios genealógicos; en breve necrología de don Juan del Castillo Wexterling,—también Béthencourt y también genealogista— con las remembranzas de familia de los Béthencourt de Tenerife, de los de Guía de Canaria y de los suyos de Lanzarote—los que nunca dejaron la isla ganada por el francés—trae, como personal recuerdo, el de la casa de sus abuelos, donde casi niño, «sintió, dice, sus primeros amores literarios» a «la vista de un árbol genealógico, que remontaba esa rama de su familia, hasta el propio conquistador, el famoso Juan de Béthencourt, ganador de las islas de Lanzarote y Fuerteventura para la Corona de Castilla, para su rey don Enrique el Doliente.

A veces se descubren en Béthencourt, rasgos de contenida emoción; por raro caso se hallan en sus escritos referencias a lo propio, exento de vanaglorias, él, que tantas hubo de fomentar, aunque no pocas supo contradecir. Con veracidad escrupulosa, fija líneas, señala entronques, rehace los árboles genealógicos, asiduo visitador de los palacios, pero más frecuentador de los archivos. Llena su vida, embar-

ga su ánimo, el afán de continuar la obra—capital entre las de su clase—de don Luis Salazar y Castro. Indaga y ordena los hechos, los comprueba, pretendiendo para sus reconstituciones, carácter de fidelísimos trasuntos. Exceder a todos en veracidad, y aun excederse a sí mismo, es el empeño que domina su ánimo, el que proclama y encarece su obra principal, extremando la depuración, confesando anteriores yerros (1). Son inevitables, y yerro mayor que ninguno, es el que origina la veracidad misma, cuando delimita y deja fuera del cuadro, o menciona para rechazar, lo dudoso y confuso, lo que no cabía comprobar suficientemente, lo que tiene, sin embargo a veces, valor extraordinario. Diríase lo aumenta el misterio, con que se ofrece entre sombras que pretende disipar la investigación crítica, que logra merecimiento harto mayor, en la evocación poética. Inciertos, confusos siempre, los orígenes de las cosas humanas, sobre todo cuando vienen de muy atrás, y esos son los más valiosos y preciados; comienzo de una vida difícil de conocer; la de instituciones familiares, duraderas, fecundas, que en ello muestran la riqueza de la savia que las creó y que las mantiene.

Durante los primeros tiempos, están enlazadas, son unas mismas, las historias de familias y pueblos; por éstos, adquieren aquéllas preeminencia y renombre. Quedaron, como tes-

(1) Hace con su obra *Anales de la nobleza española,* algo como «simulacro, de auto de fe, por haber insertado en otros trabajos cosa, cuya paternidad le duele», citando merecimientos «blasones y alianzas, que seguramente no existieron jamás», errores y confesiones de importancia, que acogió, no obstante su amor a la verdad y su diligencia en recoger datos fidedignos.—Introducción a la *Historia genealógica de la Monarquía Española*, página 23.

timonio de la grandeza común, vestigios, reliquias del arte, que privilegiados ánimos, ganados para la aspiración, o servidores de la crítica estética, velan por conservar. Frecuentemente recogen los Museos, despojos de riquezas; sólo por caso de excepción, sabe preservarlas nuestro tiempo, en antiguas famosas ciudades. Lo general, lo constante, es hallar ignorancias, torpezas de vulgares gentes, no ciertamente nacidas para poner su mano, profana y tosca, en cosas que requieren atención delicada y solícita.

No faltan espíritus a quienes, ya que no amor, inspiran respeto las ruinas. Del torreón, del castillo o del palacio, apenas quedó en pie desmantelado muro, residuo de grandeza que dijérase permanece, perdura, para el único fin de lucir, de mostrar artístico relieve, escudo heráldico, que en el centro del muro campea.

Ya el blasón era un símbolo, cuando, anterior al uso de apellidos, designaba las familias, mostraba la relación de los linajes; asistió al nacimiento, vió su crecer, presencia su caída. Subsistirá, todavía, con la firmeza de la piedra—de lo que en ella se esculpe—cuando hayan pasado, enteramente, apellidos y nombres; cuando, reconcentrada en el blasón toda memoria y toda vida, apenas de ella queden reminiscencias en la imaginación popular. La influencia primordial, la originaria, creadora de la tradición, será la última que se haya de dar al abandono y al olvido.

Tuvo el pueblo la visión directa de las grandezas que alcanzó; ahora, tiene la de las ruinas y despojos que tanto dicen a la fantasía; al recobrarse el pueblo, así, de letargo profundo y larguísimo, la historia renace como leyenda y vuelven a oírse, en romance viejo, gestas gloriosas; cuantas die-

ron inspiración a nuestra lírica y a nuestra épica tradicional. Son, en gran parte, obra de las viejas, de las lejanas influencias, cuantas remozadas, semejan inspiraciones nuevas; las del romántico movimiento, que contradice y desarraiga la preponderancia de lo pseudoclásico, del gusto que instaurado en los palacios, atrajo al de la realeza toda vida, absorbiendo, enteramente, la de la institución nobiliaria. Era la concepción de la Monarquía francesa en los días mejores, en que a todas partes llega su ascendiente, aquel a que imprime carácter, el muy extraordinario predominio de su oficial literatura. Tal concepción subyuga, por completo, el ánimo de Fernández Béthencourt.

En la cumbre de la geneología, está el monarca; fuente de los honores, vincula en sí la representación de cuantos crea. Perdida la independencia, viven tantos y tantos agradecidos, obligados, a la sombra del árbol ejemplar, del que es por excelencia genealógico; de tronco fuerte y limpias ramas, a todos los otros árboles cubre y corona. La idea, el plan del P. Anselmo, del famoso Agustino-Descalzo (1) que traza el cuadro, la historia genealógica de la Casa de Francia, presentando como hechuras suyas, todas las otras jerarquías nobiliaras, es para Fernández Béthencourt, verdadero arquetipo, patrón y modelo de su historia genealógica de la Monarquía española. No hay para qué señalar, cuanto a los casos, diferencia capitalísima. En Francia, son glorias, las que acá distan mucho de serlo; debilidades, torpezas, que se muestran

(1) Histoire génealogique de la Maison Royale de France, des Pairs, Grands Oficiers de la Couronne & de la Maison du Roy, des anciens Barons du Royaume... par le Père Anselme Agustin déchaussé; continué par Mr. du Fourni. A Paris. Par la Compagnie des Libraires. MDCDXXVI.

en la imitación de lo ajeno, en la prodigalidad con que, simulándose grandes, lo son muchos por real merced y gracia. Aumentan los signos, se acrecientan los inventarios de la heráldica, según decrece su valor; nunca mayor la pugna que traían de tiempo atrás, genealogías e historias, con lo que, inconfundiblemente, se dan los caracteres propios de las decadencias.

La tradición del siglo XVIII, además de cortesana académica, era, por todo, muy conforme a inclinaciones y hábitos que al señor Fernández Béthencourt, parecían venirle de casta. Perdura en nuestros salones, el gusto que da tan singular atracción a las estancias de Rambouillet y Versalles; francés, como el patrón, el corte y la medida y el ritmo y el compás. Inspiración sin duda, de geniecillos mitológicos, esbozados por Boucher, en ambiente de vaguedad, que no ha llegado del todo a esfumarse.

Defendiéndolas el espesor de los muros, quedan, como salas de museo, aquellas de los palacios, donde la vida mundanal creyó encontrar su mejor momento, sus más apropiadas formas; donde tuvo acogida, y pronto tendría refugio, espíritu que sobrevive en lo accidental y guarda y reproduce como las cosas los hábitos; acompasada y solemne etiqueta, indumentaria que aprisiona y cohibe, y al mismo tiempo exorna. Artes fastuosas, ceremoniosas y solemnes usanzas, que ordena y fija el protocolo. ¡Lo que hubiese gozado Béthencourt, en aquellos auténticos salones de antaño, asistiendo a los saraos, en que lucía y triunfaba el ingenio académico, teniendo por musas favoritas de su inspiración, el hechizo y la gracia!

Siempre irá el suceso feliz, adonde vayan las preferencias

femeninas, que miraban como incomparable albergue del buen gusto, los aposentos y camarines del pequeño Trianón; los jardincillos que le rodean y que a maravilla cuadran, para en ellos colocar pastoriles figuras, escenas de fingimiento, sueños de Arcadia; invasor artificio, que no sin ofensa de la naturaleza libre, a todo impone traza regular, figura geométrica; lo es también la del intrincado laberinto, donde damiselas y galanes, juegan a ocultarse y perderse. Impropio, desmesurado afán, el de dar a todo medida, cuando no el de reducirlo a espacio muy breve, de que nos ofrece la miniatura, compendio y cifra.

Ante la profusión de pormenores, no es de extrañar se volviesen enteramente miopes, los contempladores asiduos; ni cabría descubriesen, bajo los oropeles y pompas de las tallas, la polilla que recatándose, proseguía su estrago; harto mayor, con todo, el de la carcoma que trabajaba los espíritus.

Arriba, en la mayor altura—al parecer en el cenit—brillaba y deslumbraba la majestad. Como ella y con ella, caerían las instituciones y clases, que porfiadas pretendían elevarse en el aislamiento, por la selección de usos, estilos y expresiones. Recogen y reflejan éstas toda vida, y no había cosa de mayor cuenta, en la que llevaban los principales y más encumbrados señores, que limpiar, pulir, abrillantar la lengua, en realidad gastándola, disminuyéndola, forzándola; contradicción que vale por dolencia y la trae con desmedro, enflaquecimiento y pobreza, nunciadoras de ruina.

La lengua volvería por sí misma; el genio de ella, no pierde nunca el ascendiente sobre los más, y a ellos, a los más, corresponde, lo que sólo puede ser oficio de algunos, en cuanto acierten a ser intérpretes de la inspiración general.

¡Qué lejos estaban de saberlo y aun de sospecharlo, los habituales del salón académico, gala y ornato principal de la ciudad cortesana!

Andan allí mezclados, gentiles hombres, filósofos y artistas. Amable la filosofía, seductor y atractivo el arte, pugnan sólo, sobre cuál logra a exceder a cuál, en llevar halago al sentido; al ánimo, disipación. En el entretanto va incubándose, transformación de extraordinario interés; lo tienen grande las decadencias, sobre todo si, como aquélla, señalan el término de una época, la iniciación de otra. Los indicios de cambio, hallaron indiferentes los espíritus; quieta, como sellada, la imaginación; en predominio la facultad crítica, pero ejercitada con negativo fin, propia consecuencia de la duda que la engendró. Lo que en la filosofía es objeto de meritorio análisis, cae fuera del alcance, de la comprensión de los altos, de los privilegiados; no lo eran del deber ni del sacrificio, sino de la principalidad en el regalo, a que todo—incluso el superficial estudio—les solicita, viviendo aquellas moradas, ricas y suntuosas, de que amojonaban los términos.

Ningunos empeños evitarán llegue rara sensación; la de algo nuevo y extraordinario, que viene a interrumpir el abandono del que sestea, a estimular los cuidados del que vigila; voces de fuera, indeterminadas y confusas, a que corresponden en lo interior del espíritu, anhelos tampoco definidos. Es la disposición en que dejó el ánimo, aquel intelectualismo, avivador del ingenio, que replegándose, no hallaba en sí adecuada contestación a sus dudas. Al dirigir al mundo exterior las inquisiciones, oía muchas y muy varias respuestas, que le estimulaban a mayor indagación, solicitándola de la naturaleza, sufriendo su engañador, absorbente

influjo, menospreciando la historia, desoyendo esa voz que también viene de la naturaleza, fecundada por acción en que superficiales observadores, no descubren, desde luego, la unidad, con que es inspiradora, por excelencia, del arte. En tanto, la crítica avanza, rompiendo cerco de artificios y convenciones, cobrando independencia, recogiéndose para que en ella reviva el espíritu que alienta en la realidad, y cuando así lo posee y encarna, es cuando toma significación estética, y como la historia misma, que en el arte tiene su mayor representación, al adquirir carácter de bella, logra ser más verdadera la crítica. No cumpliría tal designio, ni adquiriría tal condición, si no siguiese las diversas actividades del espíritu, que observa, experimenta, lucubra. Vano ya el intento de confinarle, pues encuentran espacio dilatado, anhelos a que no pudo dar satisfacción, la filosofía de la sensibilidad.

Aquilata la crítica el análisis al puntualizar y extremar las observaciones; filosofía que desciende del rango que un tiempo vivió, laboriosa y fecunda. En olvido la invención, y torpe para la repetión formularia, abandona los principios y conceptos generales, y se da enteramente al estudio de los fenómenos de la percepción, a la realidad sensible, que ofrece en el arte, interesantísimas manifestaciones; son gérmenes de inducción y traen inmediata renovación espiritual, por obra sobre todo de la psicología, examen y depuración del gusto, que da el temple y la percepción de lo artístico.

La sensación transformada, por el mero hecho de la transformación, pone a salvo aquel fuero del espíritu, que vana, y sólo efímeramente, osan desconocer los filósofos. Sin advertirlo apenas, hallan cambiados los empirismos, en noble materia interna de observación; confirma ésta lo que se impo-

nía al mismo Locke, y es que, si unas ideas vienen de lo exterior, otras provienen de lo interior, de lo reflexionado. La investigación filosófica, prosiguiéndose con ahinco, había de reconocer pronto, el carácter de universalidad que tiene lo bello. Aun discerniéndolo bastante, halla el espíritu, en sí mismo, disposición y virtualidad, sin la que no se diera la percepción, ni la comprensión, ni la concepción de la belleza.

Por connatural a nuestro ser, ¿no podría decirse, que en el espíritu, es la de belleza, idea que vale como innata? Y, en efecto, si tal universal idea, que, suponiendo otras ideas universales, lo es por excelencia (ninguna obtiene tantos reconocimientos), se borrase o extinguiese en el espíritu, del espíritu, ¿qué es lo que quedaría?

Por abstracción, se va de lo vario a lo uno; lo uno, al darse al exterior, vuelve a ser vario; lo es, ofreciéndose con multitud de manifestaciones, figuras, formas, que toma el hombre de la naturaleza. Observación parcial de fines relativos, medios para prosecución de fin más alto.

Teoría de gran boga, da por objeto al arte, la imitación de la naturaleza. Es harto más que imitación: es participación, en vida que creó espíritu supremo, omnipotente, en que el espíritu humano alienta; incorporado a la naturaleza, recoge sus dones variadísimos, y, en esa relación, abstrae de lo singular y concreto lo universal, que le aproxima a lo absoluto; pero no para quedar en abstracción que se pierda, sino para tomar, según ideal traza, nuevo ser, constantemente reencarnado en nuevas formas, concretas y sensibles.

Está, pues, la belleza en el fondo del espíritu, está en sus operaciones; es toda una génesis, que de lo particular y concreto asciende a lo general, y une y prepara los elementos de

la concepción, los de la creación del espíritu, que en lo singular de la obra de arte, imprime el carácter universal de la belleza. ¡Incomparable influjo de ésta, también salvador para la filosofía! La llamada estética se inició modestamente en Baumgarten; hubo él de reconocer que la perfección de lo sensible, sólo puede abarcarse y comprenderse, desde interior cumbre espiritual. El originario fenómeno externo, el sensible, que determina la percepción, da el nombre de estética a indagaciones, que tanto habían de exceder a las de origen, que tanto habían de modificarlas, elevándose a principios, que dan a ese ramo del saber, a esa disciplina,—en nuestro tiempo ordenada y sistematizada—carácter científico.

No cabría, sin daño, sustituir el nombre de estética, pues ha ido adquiriendo comprensiva significación, que ninguna otra denominación lograría. Puede, muchas veces, apreciarse innecesaria, la mudanza en las denominaciones, por lo que ellas, permaneciendo, mudan; subsistiendo los vocablos, diciéndose y escribiéndose lo mismo, expresan, sugieren según los tiempos, cosas muy distintas. Al decir estética, recordamos la de modestos principios y expresamos la que tanto llegó a prosperar y logró ser.

Muestra el lenguaje su valía, en la que adquieren y reciben de la interpretación sus términos, los que permaneciendo cambian; y es que se sobrepone el elemento espiritual al material, a su vez, incesantemente transformado, por los influjos de la fonética. Doble origen, causa de complejidad, que quita al sistema de signos, carácter de fijeza; no es posible tenerla, dada la mutabilidad de las cosas, cuando el vínculo de éstas con las ideas y el de ambas con la palabra denominadora, no puede ser vínculo de necesaria y perma-

nente relación. Ni recogiendo el sentido de las cosas es signo de ellas el nombre, ni es siquiera dable al lenguaje imitar sino débilmente lo externo; y eso, por medio de la onomatopeya, elemento de belleza indudable, más propio de tiempos primitivos, de lenguajes rudimentarios, de pueblos en la infancia. Aun reconociendo el carácter convencional de las denominaciones, es indudable que, con independencia de su naturaleza y origen, llega la significación a parecernos obligada y a veces expresiva y aun sugeridora. Basta, por ejemplo, el referido de la palabra Estética; ayer todavía de representación humilde, que en muy poco tiempo, la adquirió principalísima, y por su mera enunciación, revela y suscita sentimientos e ideas; tanto el poder de las que forman su riquísimo contenido.

Tránsito interesantísimo el del lenguaje, tomándolo en los primeros balbuceos, siguiendo sus adelantos y perfecciones, las que dan a la consideración y a la representación, signo lógico, imagen psicológica, intérprete feliz de cuanto hay en la vida. Conforme a ley espiritual, más que humana, según ley material, meramente fonética,—ambas correspondiéndose y completándose—logra en sí el lenguaje unidad, es obra bella singularísima, amén de ser instrumento y medio incomparable, para creación de otras incontables bellezas.

A todo inteligente observador, cualquiera que sea el punto para la contemplación elegido, ofrécese atractiva la realidad del idioma; grande para quienes lo ven y presentan, como verdadero órgano independiente y cabal; no menos admirable—aunque no independiente, ni cabal—cuando el vasto sistema de signos e imágenes, se concibe como proyección y reflejo de nuestra vida interior; siempre caso de maravilla, que a todo excede, el de la concepción en la mente de la idea, el

del alumbramiento de la idea en la palabra. Para el sentido estético, se antepone a la relación lógica, la operación intuitiva; simultáneamente, abstrae de lo concreto, la forma general; viste lo abstracto de forma, que es figura determinada.

Nunca se presentó el lenguaje, con esplendor y grandeza tales, como las que debe, en tiempo moderno, a las investigaciones, a los descubrimientos famosos, de la Filología. El efecto había de ser mayor, según fuese ganando los ánimos, tardos por mal dispuestos. Habían privado, durante mucho tiempo, mezquinas filosofías y torpes literaturas. Culteranismo, ofensor del ingenio; conceptualismo, que lo torturaba, y, por fin—para descanso nada reparador—prosaísmo que contribuyó a la pérdida, con el adormecimiento del gusto. Pudo darse el caso, de que llegara a parecer el lenguaje instrumento pesado e incómodo, que convenía volver más delicado, ligero y fácil: más propio de la comunicación, estimada con criterio de mera utilidad. Era menester decir más pronto, más brevemente, las cosas (1). No ha de olvidarse que eran empíricos en filosofía, los hijos—legítimos o bastardos—de aquellos especulativos, que provocaron tal reacción, con sus vagas, difusas e incoloras abstracciones.

Entonces fué cuando hubieron de sentir, en mayor grado, artistas y científicos, la seducción de la naturaleza, la superioridad y permanencia de su carácter, contrapuesto al muy contingente de la historia. Falsos supuestos que separan lo que

(1) Nada tiene que ver esto, enteramente artificial, con lo que se ha observado como doble fenómeno natural de las tendencias fonéticas, que expresa Passy (*Etude sur les changements fonetiques*), y es la tendencia que tiene todo lenguaje, a prescindir de lo superfluo y adoptar lo necesario; ley de economía, aplicable a todo género de esfuerzos y trabajos.

la belleza une; ninguna más necesaria armonía, creciente la confusión de lenguas; castigo trocado en bendición venturosa, cuando por ellas se multiplican las formas de conocimiento y expresión; origen de altísimo goce, ese poder de plasticidad, ejercicio de espiritual inventiva, con superior fuerza creadora.

En tanto, la multiplicidad de lenguas, de que es el hombre sujeto común (1), divide, opone, a los hombres, aun siendo su objeto y su razón de ser, relacionarlos. Pretendiendo evitar lo que es ingénito a nuestra condición imperfecta, cayendo en lo que la hiciera más imperfecta todavía, ganó siempre ánimos sencillos, ofuscó espíritus superiores, el anhelo de lengua común universal.

Unos la sueñan y aun la evocan, como reminiscencia de lejano bien perdido; otros, trasladan al futuro ese ideal, que para todos es sueño ilusorio; imposible el que lo satisfagan, ni recursos empíricos, ni hondas combinaciones de la filosofía (2).

A los grandes triunfos, que lleva obtenidos la moderna crítica filológica, son ajenos los más; aquí lo han sido, hasta el extremo, inexplicable, de tener en olvido a Hervás y Panduro, muy celebrado en otros países, sólo después citado en

(1) Ladd, *Elements of Phis. Psich.*

(2) Ejemplo principal el de Leibnitz, en su pretendida lengua filosófica universal, que «reduciría las verdades de razón a una manera de cálculo, que fuese lengua y escritura universal de carácter mixto y valor real e imaginario, mezclando dibujos y signos en expresión jeroglífica». Refiere el mismo Leibnitz que las personas a quienes escogió para comunicar su proyecto (el marqués de l'Hopital y otros), le oían, como si fuese un sueño, lo que les contaba.—Leibnitz, *Cartas al señor Remond de Montmort*, tomo V.

el nuestro, como extraordinaria figura. Prestó a la ciencia, una y universal, eminentes servicios, dilatando los términos del conocimiento, lográndolo en lenguas antes ignoradas, relacionándolas entre sí, elevándolas a concepción que rehace y fija el valor de las líneas y las enlaza al tronco del frondosísimo árbol de la genealogía lingüística.

Es principal parte del saber filosófico, el filológico, según su amplísima, peculiar acepción, dedicado a estudiar lo que las lenguas ofrecen de general; y es la vida misma, en sus manifestaciones diversas, por excelencia las literarias, que califican los idiomas y son primordiales elementos de su inspiración. Cuando ésta es más alta, con el dominio y hábito del lenguaje, prevalece interés que en buena parte, se refiere a lo accidental y accesorio, ofreciéndolo mayor al darse, coetáneamente con estos ejemplos, los de pueblos que siguen semejando primitivos, por lo estacionario de las vidas y lo rudimentario de las hablas. Bien mirado, el motivo de admiración, está en razón inversa de los perfeccionamientos, que, cuando principalmente lo son de los estilos, entre la ramazón y la florescencia, ocultan lo más característico y peculiar de la estructura del lenguaje, sus manifestaciones más simples, las primarias, que contienen en germen, exuberancias futuras de un desarrollo, muchas veces no armónico ni proporcionado.

Avivadas las ansias del saber, no poco vino a satisfacerlas el estudio del lenguaje, que tanto dice sobre nuestra naturaleza; como ella, envuelto en el misterio, alcanzando a lo originario, únicamente con hipotética invención; nunca bastante comprendido, hasta qué punto todo se malograría, si a la transmisión oral, no se añadiese la fijeza de lo escrito, parte prin-

cipal a que se comunique lo que de ese modo, adquiere cuanta perpetuidad cabe en lo humano.

Volvió nuestra época, por mucho que atrás quedó rezagado, que parecía perdido; con los triunfos de la filología, las proporciones del lenguaje, semejaron exceder sus propias lindes; sobrevino la confusión entre quienes, formados en el empirismo, al recibir violento empuje, hubieron de disgregarse. Mientras unos se asían a lo positivo, levantáronse otros a lo inmaterial; engrandecieron el lenguaje todos.

Según los evolucionistas del positivismo, el lenguaje forma las ideas; para el tradicionalismo, en él obtienen las ideas revelación espiritual; divinizantes y humanizadores, coinciden en exaltación, que se cumple a costa de las facultades del espíritu, no respetada su independencia, ni por los que le rebajan, ni por los que le exaltan sin medida. El campo de esas investigaciones, es el que reune más gentes sabedoras y en él se dan la mano, los que antes apenas se conocían; filólogos y filósofos. No son aquéllos los humanistas, profesionales de la etimología, de la heráldica del vocablo; no buscan sólo, comparando lenguas, externas coincidencias; van a lo de dentro, llegan a lo íntimo, y así descomponiendo, analizando lo interno, fijan los principios, establecen las normas de la gramática general.

En nuevas perspectivas, que descubren acrecentado saber, con el del lenguaje se engrandecen todos los problemas; a todos comunica extraordinario interés, sorprende y conturba los ánimos, de contempladores desvanecidos, de intérpretes no siempre afortunados.

Cuantas veces los hombres filosofen—lucubren o analizen—ha de referirse al lenguaje lo más hondo del análisis o lo más

alto de la especulación. El espíritu, cansado de vagar perdido entre cosas singulares, o desconexionadas e inconexas, vuelve sobre sí propio, en solicitud de esclarecimientos, que tampoco el lenguaje interno le da, y alternados los movimientos, pronto busca otra vez, vida de fuera, atraído por confusas pero perceptibles voces, en que toma virtualidad el externo lenguaje. Y así, a propósito de éste, renacen,—ya perdido el añejo sabor—las controversias famosas, de nominalistas y realistas. Para los nominalistas, sólo se dan con carácter singular las cosas, a que corresponden las ideas; únicamente en las palabras—*flatus vocis*—aparece la universalidad, que el conceptualismo considera abstracción de la mente, sin fundamento de realidad. Ella es todo, en cambio, para los que la pidieron nombre, siquiera no llegasen al extremo que supone el atribuir a los conceptos universales, a los géneros y las especies, existencia propia; extremo de la controversia y supuesto de la crítica, que también reaparece, que en cierta manera halla corroboración, en las espléndidas manifestaciones panteístas, de la moderna filosofía de la belleza.

Dijérase que el espíritu buscaba rescate y aun tomaba desquite, cuando, tras largo confinamiento, en que le pusieron empíricos sensualistas, no perdió ocasión de lanzarse a los espacios, en alas de la imaginación; tantos los vuelos a que se levantó, no por el mundo de las abstracciones, sino por los mundos de la quimera.

Pueden darse muchas diferencias, grandes disonancias—y no sólo fonéticas—que están desde el principio en los ánimos, que en las lenguas llevan la diferenciación a los mayores extremos concebibles; pero, con eso y todo, subsisten las fundamentales ideas, acogidas al sentido íntimo de la con-

ciencia individual y al general sentir de las sociedades, y ellas constituyen el fondo común de los idiomas; esencial parte suya, mirada desde lo alto—según con mucha razón, se ha dicho— permite considerar las diferentes lenguas, como dialectos de una sola lengua filosófica. Esto, únicamente pudo expresarse, refiriéndolo a conceptos primarios, que cabe decir son, en el interno mudo lenguaje de la psicología, lo que las raíces en las lenguas propiamente tales; razón de unidad, y para el conocimiento de los iniciados, causa de coincidencia, al interpretar los términos y las significaciones. Cuanto mayores sean las diferencias que distingan y opongan los conceptos, más es menester salvar la relación lógica, para que el lenguaje interno y el externo concuerden, viniendo a conformidad en el valor y sentido que unos y otros asignen a los nombres; sólo así formarán ecuación y harán fructuoso el ejercicio del discurso.

La interior armonía, la de facultades, es la que ha de preservar la externa relación de los espíritus entre sí, y de las cosas y los espíritus, todo principalmente obtenido mediante el lenguaje, precioso instrumento que permite aprovechar imágenes y signos, como formas del pensamiento, que lo expresan y definen. Trabajo inútil si los pensamientos, disintiendo, contradiciéndose como tales, tampoco coinciden en el sentido que fijen a las expresiones, si no las dan independiente y neutral carácter, sólo valorable así para enunciación de lo general y abstracto, fijado de manera que nunca podrá ser bastante gráfica, nunca adquirirá la exactitud rigurosa, la condición concreta y determinada, de aquellos signos que miden y numeran.

Cualidades y esencias, no admiten por indeterminadas,

como indefinibles, sensible representación; debemos, sin embargo, a la palabra, al signo oral o escrito, revelación maravillosa de la vida interior, de las intimidades del ser, de cuanto es y está reflejado en el centro del espíritu. Inspiración más que humana, la que atrae los ánimos y logra elevarlos a la pura región del arte, unirlos en la desinteresada contemplación de la belleza.

Sobre los terrenos que allanó, pero no pudo devastar, demoledora crítica, muy pronto se habían de levantar, con relativa originalidad de traza, nuevas, flamantes, construcciones.

Rompió Kant, en su filosofía conceptualista, todo nexo que ligue los mundos de la naturaleza y el espíritu, el interior y el exterior; apenas sabiendo aquél de éste,—según su teoría,—pues no es conocimiento real el de la mera apariencia (distinción de fenómeno y noumeno), ni es tampoco conocimiento personal. Sin el de lo ajeno, no tenemos el de lo propio; todo se da mediante relación, y ninguna tan demostrativa como la estética; por ella comprendemos y fijamos realidad que cifra la conjunción y aleación de lo espiritual y lo material. No aunados, lo material cae deshecho, y lo espiritual deja para nosotros de ser, como si se desvaneciese o esfumase.

Corresponde a la belleza primacia, ante todo como despertadora e inspiradora del sentimiento; lo depura y eleva, disponiendo el espíritu, calificándole, para que, ya en la mayor cima de nuestra existencia física y moral, selle paces con la naturaleza; informada ésta por él, ambos unidos y libertados de daños innúmeros, consecuencia de los torpes empirismos y las falsas lucubraciones.

Es tal disposición, la que cuadra para que ya no piense en sí cada uno, para que no se refiera, exclusivista, a sí mis-

mo, para que aparte y aleje las singulares impresiones, que traen satisfacción pasajera al gusto particular. Si diputamos bella una cosa, decimos, sencillamente, que lo es, y vale, como juicio de todos, el juicio y la voz de cada uno. Y, sin embargo, apenas paramos mientes al oír lo que encierra profunda significación, preciosa enseñanza, que, para Kant, fué principal base, en los análisis de la *Crítica del juicio* (1). Consultando cada cual el juicio propio, halla en él directa y clara revelación del sentimiento, que desechando cuanto halagó y regaló los sentidos, para y termina en común finalidad, mostrando al reconocimiento de todos, como lo bello, con los más diversos caracteres singulares, en ellos—o a través de ellos—descubre sustantivo carácter, uno y universal. Es obra de intuición que por el sentimiento, a todo se antepone; despertar del espíritu en la naturaleza; relación entre naturaleza y espíritu, de valor germinal imponderable. Y ahí está la valía del principio de la representación, que nos da trasuntos y reflejos de la belleza, aun reconociendo incognoscible su esencia e incomprensibles los modos de su influjo.

El ser nace bello, porque era bello antes de nacer, cuando ya concebido, lo veía con belleza sin duda superior, el artista. Antes de tomar forma exterior, tenía forma en la mente humana, y antes de estar en la mente, tuvo realidad de idea, con posibilidad de realización, en aquella superior vida ideal de que sólo nos llegan parciales revelaciones.

Son efectos de que no sabemos bastante la causa, aunque sí comprendamos y afirmemos la naturaleza espiritual, que,

(1) *Critique du Jugement, suivie des observations sur les sentiment du beau et du sublime, par Emm. Kant, traduit de l'Allemand, par J. Barni.* París, 1846.

prevaleciendo, limpia los sentidos, los despeja y aclara, dotándoles del afinamiento que adelgaza, sutiliza y extrema la percepción, concentrando lo más delicado, lo más exquisito de la sensibilidad, en los sentidos por excelencia estéticos, a que llegan ondas sonoras y ondas de luz, que llenan y encienden los espíritus; vibración y energía, despojadas no sólo de cuanto era áspero y tosco, sino del propio carácter material. Es algo cada vez más sutil y etéreo, transmisor de misteriosos efluvios, que prenden en las almas. Invisible, inefable influencia, apenas traducible al lenguaje; vida ideal, entrevista, vislumbrada, por los contadísimos que dan término a muy larga y penosa ascensión.

Tuvo como punto de partida, la intuición primera, la enteramente empírica, que es el primer contacto del sujeto y del objeto; intuición que se antepone al lenguaje, que le suscita y proporciona argumento, con relaciones, desde luego por el lenguaje fecundadas. Al cabo, y dentro de la relatividad en que somos y nos movemos, siempre hemos de confirmar que el lenguaje es don excepcionalmente maravilloso, nunca despojado de material aleación, pero al que imprimimos el carácter propio de nuestra esencia espiritual. ¡Qué lejos estamos ya, de aquella teoría de la sensación, que, sin acertar a explicarlas, sigue las transformaciones de la sensible realidad, en que la filosofía halla el modelo de las propias transformaciones suyas!

Harto más pronto de lo que quisiera, encuentra en sus libres anhelos el espíritu las zonas de lo indeterminado. Zonas inciertas, de muchísima extensión; imaginativas regiones de lo verosímil, de que cae más allá, invisible, ignorado límite, pues lo diputado inverosímil muchas veces deja de ser-

lo; y por eso pugna el espíritu, entregado a las hipótesis de la filosofía, que no pocas veces se confunden con las fantasías de la poética. Sin dejar de haber límites en la realidad, son más los que refleja, los que están en el ánimo, que sólo ve y aun sólo concibe las cosas en cuanto se ofrecen concretas y definidas; por eso delimita cuando crea nuevas realidades, a que da forma; por eso lo más abstracto toma figura, e incluso cuando el espíritu especula, imagina.

Nada propicio Kant a las impresiones artísticas, alejado de ellas, en aislamiento que cuadraba a la frialdad, más que estoica, de su espíritu, hubo de rendirlo, sin interrumpir, aunque rectificando sus análisis, ante el sentimiento de belleza, que para él, influído grandemente por Leibnitz, a pesar de referirla así al sentimiento, era sobre todo belleza intelectual. En la soledad a que se retrajo, entre las ruinas que acumuló, y siempre fueron ruinas y soledades, suscitadoras de belleza, halló en ellas Kant, influencia verdaderamente salvadora. El juicio sintético y *a priori*, atribuye al espíritu disposición y virtualidad, en que está, fundamentalmente, la idea innata, esencia preexistente, que es lo íntimo y superior del ser espiritual, lo que le define y califica, y califica y define las relaciones de que es sujeto, imprimiéndolas el expresado carácter, de unidad y universalidad.

Con razón se ha observado, alegando dificultad, hasta qué extremo punto es individual, y en lo individual variable, el sentimiento; y no hay quien deje de corroborar la observación con múltiples ejemplos, mirando aquellos que—incluso materialmente—saltan a los ojos, predominante la percepción sensible, lo que principalmente cae todavía bajo ley de naturaleza, apenas iniciada la transmutación, que va, desde las

primeras manifestaciones de lo sensible—desde las que guiaba el instinto—a las de pura altísima intuición, que une lo sensible a lo espiritual, por incomprendida maravillosa manera. La dirección y el avance, que trajeron a la filosofía las escuelas psicológicas, hubo de dar a tal aspecto del estudio humano, puesto preferente, posición central.

En el general movimiento de reacción y protesta contra el intelectualismo, halló el sentimiento, principalidad y auge, estimándole facultad valiosísima, que tal se muestra en la creación de arte, que por ella influye, como nunca en la filosofía; no envano llamada a preferencia grandísima, la que era, sobre todo, filosofía de la belleza. La belleza, contando según no había contado nunca, deja huella hondísima en la filosofía general.

Avalora el sentimiento de lo bello su indeterminación; subsiste en la obra de arte definida y concreta; y es que en lo singular está lo universal, y lo que la obra muestra, es menos que lo que oculta, y en cambio es más que lo que oculta lo que sugiere. ¡Singularísima condición de la belleza, revelada en maneras y formas tan extrañas entre sí, cuanto las humanas pueden serlo; diferentes artes, que hablan a sentidos diferentes, y sin embargo, son origen de sentido común! Lo es de todos y en todo tiempo. Queden a un lado, las innúmeras cosas que individualmente interesan o agradan; las que pasan muy presto y apenas dejan de las momentáneas satisfacciones, rastro en la memoria. Perdura, en tanto, lo verdaderamente bello; lejos de prescribir, con el tiempo gana y crece, aquilatado mediante esa prueba, su valor. Ante realidad que despierta el sentimiento estético, coinciden los contempladores en afirmar la belleza como belleza del objeto; salvo si es filó-

sofo el contemplador, que entonces, dado a escudriñar, pronto ahuyentará el sentimiento, pero no sin recibir antes su influjo, dejando en el espíritu recuerdo, que suscita anhelo y es causa de que, absorbiéndose en la propia consideración, atribuya a la belleza carácter enteramente subjetivo. Toma el efecto por causa, y lo es de otros efectos, en el encadenamiento de la vida, que en el tiempo y en el espacio, sujeta la atención, fijándola cada lugar y momento de los que se suceden, refiriéndola a sí mismo cada cual; como el sentido primero, el conocimiento analítico después, desliga y separa lo que el sentimiento, en conjunto vastísimo, enlaza y compone; obra de la misma indeterminación, de la libertad que tiene en el arte, según expresó felicísimamente Shiller, su propia esfera de manifestación.

Dilatadísima extensión la que el sentimiento abarca, en uso de libertad para que apenas cuentan, ni trazables ni discernibles, los linderos muy apartados, en que se mueve el espíritu, según su albedrío.

Las manifestaciones del subjetivismo, llenaron hasta rebosar, no pocos folios de la filosofía moderna. Es, principalmente, la crítica removedora de Kant, dando fortísimo impulso, a las dos contrarias tendencias, que comparten la dirección del espíritu; el idealismo de los que le suceden, al elevarse por la belleza, arrastra tras sí a los propios empíricos, que mudados y mejorados, dejan de ser aquellos materialistas de la simplicísima construcción mecánica. El positivismo dinámico, acampa, construye, a menor distancia, aunque siempre extramuros, de la ciudad ideal; no ahondadas las diferencias, mejoran las relaciones para que Kant, contradiciendo la significación de su anterior crítica, encontró en el juicio del sentimiento, en la

experiencia y goce de lo bello, vínculo felicísimo que unía el espíritu libre, a la reanimada naturaleza. No era menester más, para que cundiesen las consecuencias de tal remoción, en las extraordinarias expansiones, a ratos espléndidas, de la filosofía y el arte.

Incesantemente sorprende el espíritu en la naturaleza, relaciones y formas que avivan, con la percepción el sentimiento, anhelo de ascender a la posesión de secreto, que nunca se descifra; de satisfacer afán, que nunca se colma. Llegan a todas partes, reflejos de la belleza; es de todos más o menos sentida; pero a nadie se descubre su íntima naturaleza; basta entreverla, para sentir los efectos de una virtualidad purificadora y libertadora; cosa, extraña enteramente al interés, ajena al discurso y la demostración; el interés divide y enemista los ánimos; la demostración encadena, sujeta, lleva el discurso al término que la lógica requiere y señala.

El mundo de la libertad es el de la belleza, el del arte. La verdadera libertad del espíritu, está sobre todo en la intuición, en el sentimiento espontáneo, en la fantasía independiente. A los menos es dado seguir los vuelos atrevidos, que a veces también extravían y pierden. Ya el arranque del vuelo imaginativo, admira, suspende, gana el ánimo de quien no puede seguirle, de quien al verle tomar vuelo mayor y remontarse, recibe la impresión de lo indefinido.

Los ánimos se confunden en la contemplación, comparten el gozo de las bellezas vislumbradas; el principio está en la iniciación que ya las contiene; pero ha de proseguirse el esfuerzo para poseerlas, y siempre serán los que las sientan—siquiera sea imperfectamente—muchos más que los que puedan entenderlas; diferentes las hablas y diversísimas las técnicas. Por

eso, aforísticamente, hubo de advertirse, y en cualquier tiempo y lugar puede confirmarse, que todo lo bello es difícil. Lo es desde la percepción y en ella; lo es más para el relativo conocer, necesario al perfeccionamiento, indispensable al que haya de ser juicio crítico, verdaderamente sancionador.

«La naturaleza envolvió en oscuridad espantosa—dice nuestro P. Arteaga, en sus *Investigaciones filosóficas sobre la naturaleza ideal*—todo lo que pertenece al principio físico de nuestras sensaciones, al origen de nuestras ideas, a la causa impulsiva de nuestros movimientos voluntarios, y a la acción imperceptible de las fibras del cerebro, en la gran obra de las abstracciones», y ello es causa de que no respondamos a infinitas preguntas que pueden hacerse sobre «la manera con que influye en nosotros la belleza de los objetos». Es tal esa influencia que ante la invocación de lo bello, «no hay imaginación que no se regocije, oído que no se deleite, corazón que no salte en el pecho, ni hombre que no manifieste en sus movimientos, la inclinación hacia las cosas que con la palabra belleza se significan».

Contrasta con esta realidad, la de los varios juicios, los confusos pareceres, los contrarios dictámenes, dificultad invencible la de todo íntegro, perfecto conocer.

Sin embargo, no es poco lo que significa el saber relativo; aquel que el sentimiento comunica y es, ante todo, inmanente revelación de lo que está oculto y como sellado, en lo más recóndito del espíritu; íntima esencia que contiene, resume y cifra, origen y destino, cuanto es rememoración incierta, adivinanza confusa. Misterio de la inmanencia, que dispone el ánimo a recoger lo trascendente, lo absoluto; pura y altísima intuición, en que sentimos real y necesaria, sin que deje

de ser incomprensible, la suprema influencia, de la que es causa de las causas.

Ni muy de lejos alcanzamos a suponer, cómo puede darse lo bello en la simplicidad; y es que para nosotros sólo existe lo compuesto, lo que limitándose, toma realidad, usando, combinando elementos que, en todo caso, hemos de pedir al orden natural. Comparaciones, símiles, analogías, más corresponderán a lo espiritual, según en mayor grado tengan inmaterial, no tangible carácter; así se ha tomado por ejemplo, el de la luz, que no ocupa lugar y está en todos los lugares, y activa y eficazmente media en tantas relaciones de la belleza.

Fué Plotino quien dijo que la luz es, «en cierto modo, incorpórea, y como espiritual o ideal». Luz del ideal que participa de la increada, y nos llena de resplandor sobrenatural, que envuelve la humana concepción y alumbra en la creación artística. Al decir, refiriéndonos a lo suprasensible, que no acertamos a figurárnoslo, expresamos harto más de lo que creíamos y abundamos todos, en el reconocimiento de que cuando más supone y es lo espiritual, todavía para representarlo, hemos menester del signo y de la imagen. En las mayores abstracciones, en los mismos sueños, figuraciones también, se observa y comprueba esto mismo. La belleza preexiste a sus manifestaciones, condición del ser, que como en él, está en sus atributos, y que se da en las cosas de la naturaleza, ofreciéndose a nuestra comtemplación, de ningún modo indiferente y pasiva, como se ha supuesto.

De cuanto son las relaciones determinadas por los que solemos llamar motivos prácticos,—mera complacencia, utilidad, interés,—queda enteramente aparte la relación de belleza, dotada de especial virtud, que serena, eleva y llena de gozo

el ánimo; no pequeño logro para el arte, que inexacta, caprichosamente, se llamó relación sin fin. Aseveración inadmisible, explicable sólo en la indeterminación de fines, que caen fuera del alcance de nuestras facultades; desconocidas las esencias, no las es dable concebir lo bello en su simplicidad, ni en los modos como por participación opera, sin que todo eso quite a que recibiendo los ánimos impresiones muy diversas y encontradas, se sienta la belleza como un solo efecto y uno haya de reconocerse el origen, el principio, la causa que tal unidad de fin logró.

De la belleza muy principalmente vivimos; buscándola, investigándola, alcanzamos a punto de observación, que es elevadísimo alminar, y divisamos lo que se pierde en la lejanía de los términos, en lo indefinido de los espacios.

Si separados de las gentes, nos damos a la contemplación, advertiremos pronto, que nada aparta tanto de la realidad e induce tanto al ensueño, como la soledad de la naturaleza. Ella sugiere y estimula subjetivismos, por completo embargadores del espíritu, llevado a extremos en que puede parecer y cabe decir, que el pensamiento poetiza y la imaginación filosofa. ¿Qué había de suceder no presidiendo el discurso la lógica, viciado el conocimiento, e interrumpida la ordenada relación, con lo que toda otra se rompe, y de las cosas, ignoradas en sí mismas, sabe sólo el sujeto por meras apariencias? Así viene a pararse en la absorción del espíritu por la naturaleza, o de la naturaleza por el espíritu; panteísmos de lo absoluto, que tuvieron altísima expresión—verdadero transporte y arrebato lírico—en la identidad schelligiana.

Los empirismos, habían retenido mucho tiempo el espíritu, que buscó anhelante lo absoluto, abismándose en él.

Considerando las ideas, se producen alucinamientos; mirando a las exterioridades, se ofrecen espejismos; ni unos ni otros valen, como intuiciones verdaderas. Aun engañándonos así muchas veces, constantemente sentimos el ideal. Es ley de espiritual atracción la que nos mueve, contrariando la de material gravitación, venciéndola. Constantemente abstraemos e idealizamos; nunca bastante la satisfacción del deseo. Según se inmaterializa la idea, más y más nos lleva hacia la simplicidad, de que siempre quedamos muy lejos.

Y esto es así, aunque nos transportemos al superior orden de las ideas, al ontológico que las contiene, que las resume, en el ser simplicísimo, en el que verdaderamente es el ser, origen y centro y fin de toda cosa. Incognoscible su esencia, su determinación es cognoscible; en él todo se explica; sin su presencia puede decirse quedaría sólo como absoluto lo imposible, lo que ni relativamente puede darse, cuanto ni en el caos ni en el vacío cabe tenga imagen ni representación.

Nunca la lógica, asociando ideas, recorrería el camino que abre y explora el sentimiento de lo bello, el que, intuitivamente entrevé la conciencia colectiva, el que mantiene vivo, perenne, sentir de postrera finalidad, que verdaderamente ha de ser, en el supremo caso, finalidad sin fin.

Vivimos por el espíritu y para él, pero también vivimos de la naturaleza; llevamos al mismo tiempo íntima relación, con los mundos de la cosmología y de la ontología; con el de la materia de que somos, con el de las ideas porque somos. Poquísimo lo que sabemos de las ideas, de su propia realidad independiente, de la que tienen en nosotros; también misteriosa existencia, la que en el espíritu, antes de tomar forma real, es imperceptible germen, embrión, esbozo de forma

imaginaria, que no sin gran esfuerzo y por obra del espíritu, cooperando la naturaleza, logra como ella, plasticidad, en la forma externa del arte. A las artísticas, se anteponen las bellezas naturales y se sobreponen, como preexistentes, las ontológicas. Más éstas influyen, cuanto más se ocultan, en altura que no podemos alcanzar, de que sabemos, sólo por atisbos, sorprendiendo señales que fulguran y resplandecen como reverberaciones de la belleza suprema, absoluta e inefable de Dios, al que no deja de invocar y cantar, lengua ninguna.

De la sustancia, de la pura sustancia, que por sí misma es, sin apoyo ni mezcla, ¿qué sabemos, sino que, al aparecer como idea en la mente, es lo primordial de la vida, suscitándola, con variedad de accidentes, que sustenta y enlaza? ¡Efectos admirables, pues cubriendo y en algún modo ocultando, la causa primera, la muestran y descubren, al dar a la humana creación, divinamente ordenada, verdadera unidad! La obtiene en sus pronunciamientos la crítica, obra reflexiva que completa la espontánea, comprendiendo y fijando el carácter de manifestaciones, que se resuelven en el dualismo.

Real existencia de los fenómenos que cambian; presencia, en todo, de una causa superior, que obró como creadora y obra como mantenedora, produciendo múltiples efectos que vienen de la unidad, que a ella vuelven y en ella concluyen; común sentir de los hombres, «coincidiendo—según expresión de Winckelman—en la idea de la belleza superior». Filosofía que desconoce el dualismo, ¿cómo no ha de traer consecuencias inevitables de perturbación que está en el principio, no distinguiendo el orden sobrenatural del natural, confundiendo al creador con lo creado?

Niegan los sistemas monistas, fundamentales relaciones

que atestigua el sentir íntimo, y que impone la necesidad al discurso; cuanto así se explica, de otra suerte queda inexplicado, como los fenómenos, la norma que los preside y regula, desde que comienzan en aspiración instintiva, hasta que concluyen en suprema intuición. Intuición de algo, que incierto, indefinido, es a veces irreal e ilusorio, pero aun entonces, aun hipotéticamente, encierra demostrativo valor, confirma el de aspiración sin dualismo imposible.

Cristiana concepción; encumbramiento del espíritu a perfecciones, que le disponen para la contemplación de la belleza, directamente revelada. Sólo puede lograrse tanto, si el espíritu no se pierde y anega en el gran todo; si tiene fuerza, si recibe aliento, para levantarse, en interior movimiento libre. Aun los que esto desconocen, y cuando lo desconocen, no llegando a tanto su fantasía, de ella sin embargo usan, en imaginarias especulaciones; a veces no exentas de grandeza, frecuentemente sobradas de aparato.

No hay filosofía más singular que la del panteísmo evolucionista; en su propio enunciado, contiene verdadera antinomia. A la principal contradicción, a la de la naturaleza que todo panteísmo implica, añade la de sí propio. Debe suponerse, aun con la lógica peculiar del panteísmo y dentro de la hipótesis evolucionista, que tal transformación, para su mantenimiento y continuidad, ha menester un principio en que esté, ya que no otro origen y ya que no otro destino—¿quién de tal habla?—el origen de la cohesión, que es razón del mantenimiento y lo es de la continuidad, de cuanto, si no fuere así, al punto tendría por destino, el romperse, el deshacerse enteramente. Allí donde menos cuadra y donde más demuestra, apunta, pues, distinción que supone dualismo.

¿Qué mucho, si es Kant, punto de partida, para la renovación filosófica positivista o idealista, manifestaciones parciales del pensamiento, que son, aun no integrándose, afirmación del dualismo, congénito a nuestra naturaleza, e inherente a nuestra vida? Esa doble dirección, demostrativa por sí, era consecuencia de la no fija, ni definida relación, de sujeto y objeto; sabiendo de éste como fenómeno, ignorando el noumeno, la misma obra imaginativa, carece de base y no tiene clave de bóveda. No podía por esos caminos hallarse síntesis, que correspondiera a los análisis de la Estética. La mayor afirmación dualista, se halla, teóricamente, en el juicio estético, prácticamente en la creación artística. Y éste y todo otro dualismo, viene a condensarse y a resumirse en el de nuestra existencia temporal, en el de las realidades finitas, de que, en alguna manera, proseguimos la creación, mediante las obras, de que es ejemplar y tipo la humana. Pero consiguiendo aventajarla, que las obras de los humanos, sus artísticas, sus bellas creaciones, son de menor fragilidad; apenas perecederas, incluso las llaman inmortales, los que no tienen por inmortal el espíritu, que de tanta vida las dotó. ¡Dichosos los que son, más que voceros, parciales reveladores del misterio indescifrable de la belleza, del que tantos otros misterios aclara, poder del influjo sobrenatural, en el orden natural reflejado!

Por las impresiones exteriores, indirectamente recibimos as de origen superior, que es el mismo origen de la revelación directa, íntima, que naturalmente mana en el fondo de los espíritus; afluencias muy varias, las de libre manifestación, que por modo no sabido, concurren a formar sentimiento en que coinciden los ánimos más extraños y opuestos, traídos a conformidad—en medio de variedad inmen-

sa, fecundísima, por el aunador ascendiente de lo bello. Nunca en esto, que constante vuelve a nuestra consideración, se parará ella bastante. Insuperable interés del estudio de psicología, ya social, que dedicado el análisis filosófico a los estados de sentimiento colectivo, indagando y escudriñando su origen, siguiendo su formación y desenvolvimiento, dará lugar a consecuencias en todo caso valiosas, pero muy principalmente, mirando a las aplicaciones estéticas.

La investigación de la belleza, renovadora de la filosofía, nunca perderá el carácter abstracto, que torpemente intentan desterrar, tantos preconizadores exclusivistas, de la observación y la experimentación. Vanas e inútiles, pero además nocivas, las pretendidas distinciones; toda observación del espíritu, de las operaciones del espíritu, concluye, indefectiblemente, en abstracción.

Nada podemos como individuos observar, sin que al punto y naturalmente generalicemos; sistematizado el abstraer, formamos conceptos; ni caso de ello habría, si previamente no se diera lo concreto y lo determinado; pero el sentimiento colectivo, ¿qué es sino verdadera abstracción, indeterminada realidad, que guarda, en su misterioso carácter, el verdadero secreto de su poder y de su fuerza?

Hay algo que, permaneciendo oculto, vigila secretamente, que por la generación espiritual, comunica sentimiento, que es de la raza y que perdura harto más que los signos exteriores de ella, también difíciles de borrar. Si en parte la naturaleza los imprime, más por ellos hace, conservándolos, preservándolos, en su seno; allí ha de buscarse el sentimiento popular, el que tanto supone para las filosofías que saben aprovecharlo; el que guarda, y con todo renueva, inagotable

fondo de poesía, a que los creadores y admiradores de poéticas bellezas, deben inspiraciones y goces, con ningunos otros comparables.

Realidades que parecían extinguidas, reaparecieron tras siglos de quietud y silencio; fué la magnífica explosión de las literaturas populares, de que hallaron los investigadores, famosos monumentos, al par que tornaron a oírse canciones que venían de los humildes, de los adheridos al terruño. Traen un dejo especial, arcaico, las expresiones, los decires, que lo son de pensamientos y de concepciones también tradicionales; desde luego, hubo de ganar a todos, la sencillez, la espontaneidad, por la naturaleza transmitida a sus propios y mejores intérpretes. Conforme a tradición que viene de muy lejos, decían éstos, cosas realmente antiguas y sin embargo no viejas; como nuevas valieron muy al contrario, para seducir y regocijar los ánimos, cansados de artificios.

Fueron completamente vencidos, los poetas amanerados, conceptuosos, arcaicos de verdad, que juraban por los viejos dioses, que pedían inspiración a las nueve musas mitológicas. Tiempos antes evocados, de nuestros abuelos, en que los salones cortesanos — y también lo eran los académicos — reunían a los ansiosos de saber y a los amantes de las bellas letras, entonces influídos por filosofía de la sensación, en que creían encontrar la explicación del gusto; los que procuraban, ilusoriamente, su perfeccionamiento, se hallaron sorprendidos por extraordinaria mudanza. La naturaleza, tanto tiempo aletargada (tan propensa, tan fácil, al letargo, en que volvería a caer), sacudió entonces los espíritus; fué movimiento popular, que halló solícitos y prontos, a los que andaban dispersos.

Cultivadores de las artes o de la filosofía, acogidos a

la naturaleza, hallarían facilidades mayores para la unión, en la filosofía del arte, dándose, con entusiasmo, a los estudios que habían comenzado a llamarse estéticos; muy grande, desde entonces, su principalidad, aunque entre nosotros, todavía hoy, no se reconozca y no se estime bastante. Es el espíritu que animó selectas páginas de Milá, preciosas enseñanzas de Laverde; asistieron a la transformación espontánea del arte, cooperaron a la reflexiva transformación de la crítica. ¡Qué distinta la suya, de aquella seca, negativa, reparadora de faltas, enmendadora de vocablos, que había sido, que no dejará de ser, la crítica de los Aristarcos! No ya los juicios superficiales, sino los de las preceptivas mejor compuestas y estudiadas, quedaron en inferioridad y se relegaron a olvido, que no todas sus partes merecen.

Trajo desde su iniciación este movimiento, en la ciencia y el arte, gran ímpetu; lo recibió del filósofo de Koenisberg, de sus rectificaciones; muy distante de la razón pura y de la razón práctica, el tan preconizado juicio del sentimiento; desde entonces y más cada vez y con exceso a veces, influído por el sentimiento el juicio. Van en ello ganando el juicio que se perfecciona y el sentimiento que se depura; beneficio tanto como del arte de la crítica, que es arte también y no ha de limitarse a puro formulismo, a externa aplicación de reglas y cánones.

De otra suerte, que quien crea, pero también necesita participar del sentimiento quien juzga; ¿cómo ha de comprender sino los sentimientos, que forman parciales estados colectivos, como ninguno general e importante el del sentimiento cristiano, que, desconocido, contrariado muchas veces, subsiste, prevalece, lleva su ascendiente a los mismos que

la ignoran y aun a los mismos que se oponen a él? ¡Caso singularísimo, a que nunca podremos consagrar atención suficiente, el de sobrenatural sentimiento, que trajo al mundo, y en él conserva y propaga, el de libertad natural, individualismo que tiende a separar, dividir y enemistar los ánimos; y tal sucediera, si no obrase perenne asistencia divina, que redimió el ánimo caído y le volvió, realzándolo, a su propia pristina condición!

El alma es naturalmente libre y naturalmente cristiana, y por la libertad se engrandece, según se dilata el orden espiritual y el natural se extiende, inundando de claridad el espacio sin límite, el tiempo sin término, a que la visión alcanza, o a que la evocación llega; vida que domina la temporal, que guarda y no vela enteramente, encantos supremos, glorias que superan a otras ningunas. Es el poeta, es el artista, su intérprete; lucha por el ideal, y se le oponen grandes resistencias, por lo que no hay vencimiento mayor que el suyo, cuando entra en las secretas intimidades, de que son avaras siempre, la naturaleza y la raza; inspirándose en el sentimiento general, sirviéndolo, salva su propia independencia, salva la de la obra a que imprime carácter individual; y por éste y por aquella general representación, asegura imperecedera vida, que sólo tienen en lo humano las grandes creaciones artísticas.

Lo ideal toma en ellas real y determinada forma, que no es fija ni definitiva; toda nueva existencia artística, tiene tras sí, sugiere a los ánimos, idealidad mayor. En una misma obra, cuando es verdaderamente grande, sucesivamente descubrimos nuevos tesoros de idealidad; inextinguible, como la del genio, la de su creación, y basta citar para ejemplo a Cervan-

tes en el *Quijote*, la comedia humana sin par, o al Dante, en la única *Divina Comedia*. Ni fueron, ni serán nunca comprendidas bastante, las que semejan indefinidas y son indefinibles bellezas.

El espíritu, donde están como en potencia, pugna por llevarlas a la acción, aspira a convertir el tipo ideal en real, jamás tan bello lo que contemplamos, como lo que concebimos.

Los efectos de la belleza, al punto se convierten en causa de bellezas nuevas, de nuevas concepciones, en que la esencia ideal encarna, toma cuerpo, entra en los dominios de la Estética. Espiritualizamos lo sensible, sensibilizamos lo espiritual, que ya era bello antes de adquirir concreta y perceptible forma, que en la forma perceptible, ofrece manifestación muy relativa y parcial de la belleza. No son sino felicísimos accidentes los que descubren la esencia, que mueve, que guía, en su operación al artista. Embebido en la belleza ideal, goza visión turbadora del ánimo, y lucha y apasionado porfía, buscando expresión para lo abstracto, que de tal suerte, en realidad espiritual y material a un tiempo, toma *forma substancial*.

Y ahí está cifrada la belleza, rica de fondo, de contenido, cuando lo es de forma, términos para la mente distintos, en la realidad estética, uno solo; creación que llamamos humana y que humana es, pero no sin que de antemano existan substancias, de que derivan las ideas, y no sin aprovechar los naturales elementos, en que infundimos aliento, vida espiritual.

A la naturaleza, solicitando protección, vivió acogido, a ella vuelve en sus días de turbación, el hombre; antes artista

que sabedor,—artista incipiente y espontáneo—desde luego atendió a poner orden, a descubrirlo, tomando modelos de la naturaleza, según va ella esbozándose, definiéndose, en el inorgánico conjunto. Andan muchas veces confundidas, no fácil el deslinde, las cosas por el instinto percatadas útiles y las sorprendidas por la intuición como bellas; las primeras dan natural satisfacción, las otras son causa del goce estético, que se inicia entre manifestaciones infantiles, llenas de la espontaneidad, de la frescura de sentimiento, que inspira la naturaleza a sus habitadores. ¡Cuántos y en cuántas partes, verdaderamente primitivos, apenas distinguen las artes bellas de las artes útiles, ambas imitativas en el trabajo, que tiene cuando labora la tierra, intensidad, fuerza y grandeza propia de lo libre de esa vida, que cumple los mayores fines de la humana!

Hay en lo natural sabor y carácter propio, es cosa exenta de artificio, sustancia primera y primera materia del arte; se inicia éste allí donde el ideal antes surge, donde mejor se refleja; lugares de la naturaleza privilegiados para la invención de filósofos y de poetas.

Los que la naturaleza tanto sedujo y los que tanto se dieron a la filosofía de ella, no ha de extrañarse asignaran al arte, como propio fin la imitación. ¡Nada comparable,—decían—a lo que al cabo, es creación directa de Dios! ¡Como si no lo fuera, como si no participase y especialmente, en la esencia divina, el espíritu humano! Incorporado a la naturaleza, tomando en ella existencia física, dándola sustancial forma, puede decirse que es el hombre, creación estética de Dios, de quien recibe don espiritual, facultad más que humana; la de crear él a su vez, según su propia

imagen, y a semejanza del ser superior, pugnando por coger en lo singular de su expresión lo universal, que ilumina las grandes obras, creaciones verdaderamente inmortales. Ello supone harto más que el relativo y loable fin de imitar, y que el fin mayor, a menos dado, de interpretar la naturaleza.

Las abstracciones, aunque toman de la realidad origen—y es lo que califica al espíritu humano, esa facultad de abstraer, de generalizar,—suponen objeto más alto, que constante nos solicita, ideal de que es poco lo que conocemos, pero es grande el influjo que recibimos; aunque sea imprecisa, aunque se difumine y evapore, esa realidad que barruntamos y entrevemos, por completo nos envuelve, nos domina, dejándonos en misteriosa turbación. No se daría con tal carácter, no sería tal su ascendiente, si no descubriese a las almas, si no hallase en las almas mismas, fondo insondable. Lo es para la poética, que precede a la filosofía y aun para la filosofía, cuando llega con la poética a identificarse y confundirse, teniendo ambas por numen la belleza.

Según el espíritu crece y alumbra y vivifica, más parece que la naturaleza, antes pasiva e inerte, se agita, ensancha y perfecciona, con incesante transformación, obra de fuerza incontrastablemente dominadora; la imagina tal el espíritu del individuo aislado, desconcertado, al comparar esas externas grandezas, con sus medios propios; actividades verdaderamente de juego, así calificadas en hipótesis de sabia pero no afortunada crítica, que atribuye el goce estético, al armónico ejercicio de las facultades del espíritu; lo que se define, sin duda, no como causa, sino como principal efecto del arte, para la verdadera filosofía. Ella, confirmando los testimonios

del saber popular, que recogemos en la conciencia colectiva, nos enseña que de las cosas exteriores, sabemos principalmente, por los efectos que de ellas el espíritu recibe y según sabe más de sí mismo, por los efectos que causa.

Corresponde, perfectamente, a la relación y distinción de sujeto y objeto, el constante y vulgar decir; trasunto de la vida el lenguaje, que halla en el mismo fundamento real, la propia razón lógica. Lecciones corroboradas en las estéticas, de que unos parciales, hipotéticos supuestos, contradicen y destruyen los otros; dirigidos, sin embargo, todos, a un fin común, del que los empíricos quedan a medio camino. Saliéndose del camino, yéndose por rodeos, los teorizantes no atinan con el fin, o lo exceden; por eso, muchos de los sistemas filosóficos, peregrinas, admirables muestras del don de inventar, escasamente aprovechables para la crítica, son a los artistas dañosos, cuando no tienen vocación y temperamento muy firmes, que les preserven del doble peligro; mayor que ninguno el de que carezcan de ideal, no pequeño el de que se entreguen al ideal con exceso y sin medida, olvidandola que a la crítica estética, toca precisar y recordar constantemente; y es, que para lo ideal abstracto, ha de hallar el arte forma determinada y concreta.

Manteniendo su propia posición, volverá la crítica por sus fueros, será prácticamente beneficiosa y verdaderamente artística, sin haber dejado de ser filosófica. Lanzado Hegel a construcción imaginativa, de nuevo sistema de lo absoluto, se mueve, evoluciona en las alturas, pero nunca olvida las realidades que descubre, en que tiene fija la vista, y a que vuelve las preferencias.

Animo lleno de idealidad, por ella, al contacto de las realidades, brotan—como de riquísimo venero—observaciones, jui-

cios, que aplicados a las diferentes artes bellas, las califica, fija y define, según las condiciones genuinas de su naturaleza y carácter. Encumbramiento extraordinario de la fantasía, buscando la belleza en la verdad, no sin violentarla, para reducirla a síntesis de la historia; grandeza de fondo, que lo es, con perspectiva distante, en el cuadro de los análisis que recogen y completan aquellas síntesis, constituyendo el monumento mayor, entre los que ha erigido la estética, al arte y a la crítica.

Hegel, es columna miliaria; señaló vías de perdición y desvarío (desvarío que continúa) a los que corrían tras lo absoluto para no hallarlo, ni en lo que es dable a los que siguen el camino de lo relativo, a los que acompañando al propio Hegel, comprendieron mejor, lo que tienen de característico y peculiar las artes, según su condición y la de los tiempos; y eso, atrayendo y amistando los espíritus, les quitó de que se abismasen en la contemplación de lo absoluto, verdadero vacío que atrae las mentes, para perderlas y consumirlas.

Por desdicha, las lecciones hegelianas, apenas cundieron aquí; quienes podían propagarlas se dieron a traducir y comentar, divulgándolas, enseñanzas falaces: las del panenteísmo krausista, que, colmando los fines de la Estética y alterándolos, al borrar los límites de lo bello—objeto su delimitación de tantas investigaciones—por la confusión de aplicaciones y principios, es contradictora de lo que pretende extender y servir; principalmente de la misma Estética, aun en el libro así titulado, pues no puede reducirse a mecánica aplicación del arte, ni a teórica exposición de principio y sistema de lo bello, la que ha de ser encarnación real e interpretación ideal, tan sólo pudiendo de esta suerte alcanzar la plenitud del fin estético.

Al punto, hubo lugar a percatarse de lo que significaba sistema como el krausista, de armonía falsa y confusión cierta, que, por completo, altera las más fundamentales relaciones; baste para demostración, la del lenguaje (1), de que es una, con la del espíritu, la lógica; y sufre la lógica oposición, y el espíritu tormento, y tortura el cuerpo del lenguaje, que con enmarañado decir, denunció la perturbación del pensar; grave daño, el que sufrieron ingenios peregrinos, demostrativa prueba, de cómo no en vano se contradicen las leyes espirituales y naturales de la vida.

Muy donosamente dijo Valera, que, si las lucubraciones krausistas—ni netas, ni claras—, «requerían una renovación del idioma español, antes que esto y para siempre, deberíamos los españoles abandonar, el estudio de la Filosofía».

Muy autorizada la negativa, la irónica repulsa, al sistema de que bastan esas exterioridades, para comprender hasta qué punto es, imaginativamente falso, lógica y gramaticalmente torpe, y desde luego, y por consecuencia, contrario a la manifestación de la belleza, a la de la idea tomando forma, hallando, en el desenvolvimiento de la imaginativa traza, armónico carácter; no comprendida la génesis, no seguido el proceso que tantas etapas recorre, hasta ganar altísima cúspide, abarcando y señoreando tan grande conjunto, y mereciendo todavía esfuerzo y reconocimiento mayor, que el consagrado por nuestro tiempo a la filosofía de la belleza. De sus preferencias, han de ser siempre principales las que se dediquen a la lengua, las que busquen en la relación de las lenguas esclarecimientos y

(1) Por ser en sí obra de belleza ejemplar el lenguaje, es natural que dándola expresión y aun medida, sirva como piedra de toque de lo bello.

aproximen, sobre todo, a cuantas por naturaleza y origen coinciden; y así es razón cesen las indiferencias y los malos quereres, entre las que están, aunque no siempre lo parecen, hermanadas, y en obligación muy desatendida, con la que es madre común, que tanto retiene y conserva del común patrimonio: del filosófico y del artístico.

Lamentaba sentidamente, Laverde, el muy escaso tiempo que duró la boga y primacía de nuestra lengua castellana; pero a bien que en ello hallaba la mayor demostración de su valía. Fué mucha la tardanza en servirse del romance, para las más elevadas y graves materias del discurso; desusado el latín, no considerado cuanto merecía como lengua madre, siguió en uso como lengua docta, cuando ya nuestro pueblo había, en sus diferentes modos, propagado riquezas de poesía popular y de popular filosofía.

Tal sentir y pensar, completaba el de los maestros, que lo fueron en la lengua sabia, a tantos pueblos común, según lo es la tradición de que principalmente vivimos.

Apenas duradero nuestro auge, bastó espacio relativamente breve, para el medro y brillo de artes y letras, llamadas a muy pronto y rápido empobrecimiento, de que nos recobró moderno estudio; y hay que mirar las glorias, recientemente obtenidas, como albricias de las que podemos esperar, en el solar viejo y en todos los otros solares, a que llevamos civilización y lengua. ¡Quisiera Dios que tales designios se cumpliesen, con restauración que volviese por lo propio y genuino de nuestra tradición, que, completándola y extendiéndola, reparase los males que vienen de la poca estima, o del mucho desamor, para nuestras glorias de todo gé-

nero; desconocidas, o tardía y como forzosamente reconocidas, acá, en lengua propia, cuando ya no cabía contradecir los testimonios, los reconocimientos, que venían de fuera y en lenguas extrañas!

Son principalmente aplicables estas consideraciones, a los estudios filosóficos, para los que significan, harto menos que para otros ramos del saber las mudanzas de los tiempos, y significan menos también, las separaciones de los países, sin que deje de honrarse en los sabios a sus tierras, según la nuestra y tantos de sus hijos, fueron honrados por enseñanzas de carácter universal y en lengua que lo era, y en que la originalidad del pensamiento, les mostraba como afortunados iniciadores del humano saber, en la gran comunidad, a la sazón verdadera república.

Muy lejos andaba lo de la teoría de las nacionalidades, que incluso se habría de aplicar a las filosofías. Se llamaba cristiana la entonces preponderante, y lo que esa concepción fructificó, lo que fué, tiene la mayor de las demostraciones en la expansión extraordinaria y vigorosísima de nuestra literatura, también después, durante mucho tiempo menospreciada, y también encarecida antes por los extraños, que por los propios. Son las creaciones de nuestra novela, de nuestra dramaturgia, de nuestra poesía: conjunto vastísimo, en que brilla, animándola, aquella filosofía que las preparó, de que están llenas, y que hubiera tenido desenvolvimiento, si semejante espontaneidad no cesara, postrada y detenida sin que la reflexión recogiese nuevos frutos; pobrísimos los del pensamiento que cortó a la poesía sus alas y la llevó, por extraviadas sendas, con lo que habría de esperar a que la crítica moderna rectificase criterios menguados, como el que separaba de

las artes las letras, refiriéndolas a mero concepto y carácter moral (1).

Habría de ser la Estética, instauradora y consagadora de la belleza, la que reconociese y proclamase la palabra, el verbo, como revelador por excelencia de la poesía. Se venía estimando y proclamando el lenguaje, servidor exclusivo del pensamiento; atendida, con la construcción gramatical, la relación lógica, y por la disposición retórica, mirando a lo puramente ornamental, que es el lado secundario y exterior de la belleza. Artificios de la dicción que no pueden librarse del prosaísmo peculiar de los prácticos objetos, extraños al verdadero fin del arte. El de bien decir, ennoblece, dignifica, las materias que trata,—todo está mejor con literatura; pero la desvirtúa y la falsea, quien entra en los dominios de la poesía, sin espíritu poético y sin forma poética; ni rimada, ni libre, vale por tal, y sirva de ejemplo, la que llenó de vulgarismos la literatura, en los poemas descriptivos y didascálicos. Plan discursivo, disposición arquitectónica, que encierra grandes masas, en líneas geométricas. Son los mismos de la Arquitectura, muy otros modelos, cuando el espíritu libre, pide a la naturaleza formas; lo son, cuando la Escultura toma por imagen al hombre y obtiene el mayor triunfo del diseño. No bastándole para satisfacer ideal, que en tan grande parte realiza—y en parte mayor engendra—consigue harto más con las figuraciones de la pintura, aun siendo ellas apariencia, como por las imágenes por la perspectiva, en que se ofrecen. El sonido, elemento real, por si cuenta y valiosísi-

(1) Es la teoría falsamente clásica que censura en Luzán (como pudo censurar en críticos extranjeros), Menéndez Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas del siglo XVIII*, t. 5.°, vol. 1.°

mamente, cuando halla en el tiempo, con la medida, expresión musical: pausas, ritmos, que lo imprimen a las ondas del espacio; armonías de la naturaleza realzadas por el arte, no gozadas en la audición y después perdidas, pues llevadas al pentágrama, quedan allí fijas las notas, como los signos del habla en el escrito, y son unos y otros, signos de signos que sustituyen al vocal, y le perpetúan mejorándole.

Predomina en las artes bellas, según ellas sean, lo objetivo o lo subjetivo; éste, especialmente en la música, llamada con razón, lenguaje por antonomasia del sentimiento.

Pero a toda virtualidad excede la de la palabra, que a despecho de lo convencional de su carácter y sin tener apenas realidad sensible, da vida a toda vida: a la interior y la exterior; y ésta recoge y resume en variadísimas composiciones literarias, todas las formas: las arquitectónicas líneas, los diseños esculturales, las figuraciones pictóricas; trasunto de realidad, en que todo lo externo, coopera al interno fin artístico, más que amistados, hermanados el ritmo musical y la rima del lenguaje poético.

Es primordial lo interior, todo lo interior; plenitud del espíritu, que, al pensamiento y al sentimiento aúna; y no son ya principales las formas sensibles, sino aquellas internas formas, que constituyen la relación más inmaterial que puede darse en lo humano; la imagen, que está en el espíritu, en la creación espiritual artística adquiere realidad, recibe ser. Es todo un mundo ideal y real, en que se ofrecen caracteres y pasiones; aquéllos, magnificados por su representativa significación, éstas depuradas y ennoblecidas, llegan en la intimidad lírica, en la mística intuición, a contemplar lejanas claridades, y resplandores de la invisible, simplicísima esencia.

El no sé qué de la belleza, felizmente observado y comentado por Feijóo (1), nunca dejará de ser arcano, que con creces premia a quienes anhelan y buscan su posesión; *la razón del gusto*, no puede hallar satisfacción completa a las indagaciones psicológicas, ni a las más altas y atrevidas especulaciones de la filosofía; a ellas todas, opone pronto límite el misterio. Nos rodea, está en nosotros; es nuestro propio misterio el del lenguaje, siempre interrogador, revelador a veces; cuando dice las intimidades del alma, poseída, embargada, por la belleza; cuando privado el sentido, el ánimo se abre a divinales inspiraciones, y el transporte lírico, exaltación y delirio del amante, adivinanza del amado, es a la postre, visión divinal; y el alma prorrumpe en inmortal canto, triunfador y afirmativo, como el canto de Simeón (2).

(1) *Teatro crítico universal*, del muy ilustre Fray Benito Gerónimo Feijóo. Tomo VI.

(2) En los romances a San Juan de la Cruz, rosario de sentimientos devotos, que van sucediéndose y enlazándose, el sexto de los romances, recuerda:

«Cuando el viejo Simeón,
en deseos se encendía
y así el Espíritu Santo
al buen viejo respondía,
que le daba su palabra
que la muerte no vería,
hasta que la vida viese
que del cielo descendía,
y que él, en sus mismas manos
al mismo Dios tomaría,
y lo tendría en sus brazos
y consigo abrazaría.»

El término de la pía ascensión, llena de bellezas estéticas, es la «abstracción total, la contemplación pasiva» ya no estética, en que el alma se deja «llevar de Dios, con olvido de las cosas criadas, *desnuda de figuras e imágenes*.

APÉNDICE

De Laverde no se sabe bastante; ni por los más obligados se le consagró recuerdo, conmemoración, ni juicio, que correspondiera, tanto merecimiento, deuda incumplida de la generación que recibió sus enseñanzas. Las prodigaba constante aquel excelente y sabio varón, relacionado con los de más valíade su tiempo, que solícitos, le pedían parecer y tomaban su consejo. Para Menéndez Pelayo, fué maestro y además, y sucesivamente, inspira dor, consultor y colaborador, amén de amigo invariable y afectuosísimo. Nunca lo podremos olvidar cuantos oímos el entusiasmo y la veneración, con que hablaba de Laverde el polígrafo insigne. Habrán de ser fieles cumplidores de su voluntad, quienes ordenen, dando a conocer y facilitando se utilicen, los papeles varios de Laverde, por Menéndez Pelayo guardados, seguramente, en gran número y que ahora hallan lugar adecuado para custodia y consulta, en la Biblioteca de Santander. Tuve yo con Laverde, ya en sus postrimerías, relación de muy grata memoria, como discípulo y como tertulio, aunque lo fué brevísimo tiempo.

Eran asistentes habituales a la tertulia, D. José Fernández Sánchez, muy docto catedrático de historia, también inolvidable amigo y mi carísimo compañero entonces y ahora—, Juan Vázquez de Mella. Ellos con otros amigos y familiares, le acompañaron en la tribulación, que iba siendo mayor, según se agravaba la pertinaz dolencia. Durante muchos años le atormentó e invalidó, para la atención fija y el continuado trabajo. Muy pasajeros, bien aprovechados, alivios, permitían que alternase las lecturas, con los comentarios críticos y solía dictar los que principalmente eran—cuando le conocí—indicaciones y avisos, apuntes y misivas. De las de sus pri-

meros tiempos, ofrecen muestra, sumamente interesante, las que dirigió a don Narciso Campillo, que adquirió la Biblioteca Nacional, para la sección de manuscritos. En esas cartas, nota Laverde, «como con haberse escrito tanto sobre literatura, la preceptiva, se halla, todavía, en embrión». «Tenemos escritas muchas cosas buenas», pero no hay ningún libro «en que la preceptiva se desarrolle filosóficamente» (1866). Otra de las cartas (1871) refiere que tiene trazado un plan y curso de Gramatología, que concibe apartándose de las ideas seguidas hasta entonces, y deplora, vivamente que todo ello haya de quedar en plan, «pues Dios no es servido de que su salud se recobre». Llevaba tres años de crueles dolores y se queja de «lo endeble que está».

Concibe la Gramatología, en relación con la historia de la literatura, ambas referidas a la filosofía, objeto de sus mayores predilecciones. Así, toda su preparación, era la más propia para el estudio de la Estética, que indagaba en sus principios, y seguía en sus aplicaciones.

Devotísimo de la filosofía, entusiasta de la nuestra, en su incipiente, pero muy valioso pensar, lamentaba que «abandono y decadencia, en mal hora, interrumpiesen su curso», que el tiempo moderno no lo reanudara, y que la crítica, reconociendo la importancia de «varias de sus manifestaciones, en relación con el movimiento general», no las diese el lugar que las correspondía en obra de ordenamiento y sistematización, mientras, en cambio, prestaba relieve a filosofías improvisadas, de prevalecimiento ocasional. (1) «Una gran parte de la grandeza de las naciones, depende de que su saber sea indígena y castizo» y por eso Laverde quisiera «que todos los sistemas probables que se hiciesen lugar en la Península, encontraran en nuestro pasado algo que, consonando con ellos, les prestase fisonomía española, sin perjuicio de la universalidad propia del pensamiento filosófico».

La cita es de un artículo de 1868 sobre El Tradicionalismo en España en el siglo XVIII, que por vía de apéndice, se reproduce en La Ciencia Es-

(1) Valera, prologuista de los *Ensayos críticos sobre filosofía y literatura Española*, de D. Gumersindo Laverde, (Lugo, Soto Freire, 1866) inspirado por el amor patrio, volviendo por nuestra ciencia y sobre todo nuestra filosofía se encomia, como defensores «de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía», a D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, al joven Sr. Menéndez Pelayo y a los Sres. Ríos Portilla y D. Luis Vidart». Discurso de recepción en la Academia Española del Sr. D. Juan Valera (21 mayo 1876).

pañola, para muestra, según dice Menéndez Pelayo, «del interés que puede ofrecer el estudio, aun de aquellos períodos, más desdeñados de nuestra ciencia». A la filosofía que brilló con los Bonald, Lamennais y Raulica, de que estaba imbuído nuestro orador y publicista Donoso Cortés—, filosofía enalteradora de la palabra, como necesaria para pensar,—señalaba Laverde antecedentes claros e inmediatos, en los escritores peninsulares, José Pereira, Hervás y Panduro, Javier Pérez y López, Jovellanos y el Arcediano de Evora, Vernei. Muchos años después de la muerte de Laverde, proclamaba Menéndez Pelayo que su nombre va unido a todos los conatos de la ciencia española y muy especialmente a los suyos, que «acaso sin su estímulo y dirección, no se hubieran realizado».

Quizás retrajo a Menéndez Pelayo de escribir sobre Laverde, la misma intimidad de relación; la biografía que escribiese de Laverde, habría en parte de ser como autobiografía del mismo Menéndez Pelayo; tan mezcladas anduvieron las vidas, tan unas eran las tendencias y aficiones. Por eso será sumamente interesante, la exhumación de los papeles de Laverde. Poco, pero muy selecto, fué lo que escribió para el público; escribía sin cesar, apuntes y cartas, lo más fácil al extravío; con todo, puede bastar lo que se conserve, ordenado y clasificado, para dar idea y testimonio del alcance y la valía de su pensamiento. Esbozo de concepción, que realzaba la literatura por la crítica filosófica, ensanchando los límites de la Gramatología y levantándose, desde tales principios, a las superiores investigaciones estéticas. Era lo propio de aquel espíritu de filósofo y de poeta, en que tales condiciones y caracteres, a un tiempo, se mixturaban y contraponían. «No basta, escribió Laverde, el vuelo de la fantasía, se ha de añadir la virtud plastante, para merecer el título de poeta.»

Nunca lo pretendió quien tal decía, y cuidadosamente recataba las composiciones poéticas, los ensayos métricos, con que venciendo gran dificultad, turbado el espíritu, impedido el brazo, ahuyentaba, algo siquiera, los dolores, las amarguras que sin tregua le combatían. Era un hombre de fe; gozoso en la tribulación, tenía vida interior sobre todo; pero amaba la vida exterior, según visión y comprensión en que lo más era lo tradicional, lo popular, de que siempre estuvo prendado. Muy amplia su preparación, la que incesantemente completaba con variadísimas lecturas, apreciando diversos modos de sentir y comprender, que mejorada la percepción, afinan la sensibilidad, acrecen el caudal de ideas y hallan expresión, verdaderamente estética, en los diferentes decires, enriqueciendo

la lengua general, sumando aportaciones de las diferentes hablas regionales. Laverde pretendía esa cooperación, buscando en ella, el que con plena integridad se manifestase la vida peninsular.

Esta sucinta nota, tributo de consideración a la memoria del maestro debe terminar recordando el estudio, que, en número extraordinario del Boletín de la Academia de la Historia, publicó don Adolfo Bonilla San Martín sobre Menéndez Pelayo, ya que en él, brevemente, tanto y tan bueno se dice sobre lo que fué y valió D. Gumersindo Laverde Ruiz.

CONTESTACIÓN

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ANTONIO MAURA Y MONTANER

La solemnidad académica, en la cual acogimos entre nosotros al señor Fernández Béthencourt, parece de ayer, cuando ya asistimos al ingreso del sucesor. Nuestras constituciones, no dan al dolor tregua, ni consienten demora en las vacantes; nos apremian para proveer; y ésta, que podría parecer desconsiderada rudeza, no es sino advertencia saludable de la prioridad que hemos de atribuir a la vida corporativa, enderezando a los fines de ella, todo nuestro conato, y posponiendo cuanto sea individual; aun el sentimiento que nos causa la pérdida de compañeros, insignes los más, únicos tal vez, ungidos siempre con el afecto de nuestra hermandad entrañable.

No es ocioso recordar, con ocasión del harto apresurado remudamiento de las personas, que, para cumplir el cometido de la Academia, se necesitan colaboraciones muy diversas. Con frecuencia lo olvidan, quienes dan señales de tener entendido que tan sólo ocupan con justo título estos sillones, los que de por vida profesan gloriosamente la literatura o la filología; cual si las pericias, principales ciertamente, que éstos traen, bastasen sólas para llenar los ámbitos y recorrer los términos jurisdiccionales del habla, cuya propiedad y pureza hemos de guardar, vigilando la incesante germinación con que se adapta al despliegue de la vida popular, y también la influencia de los idiomas exóticos, que es inevitable, y a un tiempo mismo peligrosa y útil.

El señor Fernández Béthencourt, ha de ser contado entre los elegidos, en consideración, todavía más que a sus méritos literarios, de los cuales no andaba escaso, al saber genealógico y heráldico, que fué la vocación de su vida y que sirve dondequiera de poderoso e imprescindible auxiliar a la Historia; con doblada razón en España, a causa de que aquí, durante siglos, los ejercicios varios del poder público estuvieron casi vinculados en la clase aristocrática. Reputábase tan hereditaria como el linaje, la obligación de servir oficios principales en el gobierno, en la milicia o en la diplomacia; y cuando cargos tales recaían acaso en quienes no eran de esclarecida alcurnia, por servirlos bien se ganaban o se acrecentaban los timbres nobiliarios.

La pericia consumada que el señor Fernández Béthencourt alcanzó en esta disciplina, mereció tanta mayor estimación cuanto que, dedicando a ella la labor de su vida entera, reaccionó contra el viciado ambiente espiritual de la generación a que pertenecía. Al desmoronarse el régimen antiguo y extenderse o transferirse a la clase media, privilegios que había gozado la nobleza, decayeron los estudios de genealogía y de heráldica, que ya miraron unos como vestigios ominosos, y otros como alentadores de vanidoso y fútil regodeo; cual si, a todo evento, la ascendencia no fuese savia principal de la vida colectiva, y la noticia de lo pasado no iluminase lo presente, ni sirviese para mejorar el advenimiento de lo futuro. Supo Béthencourt sustraerse a esta enfermiza obcecación de sus contemporáneos; y aunque las dificultades con que tropezaron sus innovadoras pesquisas, impidieron la terminación de la tarea que a sí propio se había señalado, lo que dejó escrito bastó para rehabilitar entre nosotros las injustamente

desdeñadas indagaciones, obteniendo él de los doctos, los galardones académicos, y moviendo con su ejemplo a los proseguidores de tales estudios. Para el común de sus conciudadanos, el esfuerzo de Bethencourt granjeó, además, una prueba alentadora de que ninguna aristocracia superó a la española, mientras ejercitó la dominación, en la amplitud y generosidad del concepto de sus deberes, ni en la facilidad para acoger en su seno a cuantos se mostraron merecedores del ascenso en la jerarquía social.

Trabajando el señor Fernández Béthencourt sobre las huellas auténticas de personajes principales, desentrañando archivos intactos y sacando a luz testimonios inequívocos, trazó en sus páginas el proceso de la decadencia política e hizo patente cómo coincidió con ésta una inversión, en los ánimos, de los conceptos cardinales y de las normas éticas, que habían informado la vida social española. En los comienzos adviértese que la limpieza de sangre implicó alteza de alma, valor, probidad, hidalguía y buena crianza. Ganada en los campos de batalla, con la pujanza y el despliegue de las mejores dotes personales, la originaria investidura había de ser cifra de selectas calidades espirituales y también de positivas preeminencias mundanas. La herencia mantenía en los linajes, de este modo acendrados y esclarecidos, un privilegio de vigor espiritual, favorecido por el aventajamiento en su condición social y en sus ejercicios políticos. Naturalmente, aquellas estirpes superaban entonces al común de las gentes que en la niñez, no aprendieron tan elevados cánones para guiar su comportamiento, individual o colectivo, y que no se sintieron durante toda la vida, guardadoras de análogo patrimonio moral, incitador perenne para acrecentarlo, aunque

sólo fuese por la ufanía legítima de poseerlo. La barrera misma entre las clases, promovía dentro de las postergadas las hazañas y los méritos excepcionales, alentando a quienes fueren capaces de trasponerla, y de fundar nuevas estirpes animadas por análoga ejemplaridad; estirpes en cuyas generaciones el hecho de nacer implicare encomienda de honor y apetito de gloria. Mientras esta nervuda complexión del cuerpo social estuvo sana en cada reino, cuando la merced regia discernía la nobleza, más que crearla, la proclamaba, dejándola asentada con perpetuidad, sobre un realce que ya estaba efectiva y merecidamente conseguido.

Juzgado aquel sistema con el criterio que señorea habitualmente, en la actualidad, nuestro ánimo, notámoslo de vicioso; pero nadie desconozca que muchas grandezas patrias, de las cuales nos ufanamos, provinieron del noble anhelo de fundar linajes esclarecidos, vinculando en ellos una herencia espiritual, más dignificadora y más perdurable que los bienes de fortuna, por muy cuantiosos que éstos sean.

Había de acontecer, y aconteció, cumplirse en la institución nobiliaria, leyes que se pueden denominar fatales, porque reiterdaamente las hallamos seguidas en la Historia. El predominio político dió ocasión para privilegios económicos, que la legislación vincular perpetuaba, y el perezoso disfrute de las heredadas riquezas enervó a los poseedores, en vez de incitarles a nuevos merecimientos, mientras que se oscurecía el recuerdo de las originarias proezas. Despreciada así la oligarquía, por desidia o por incapacidad, y mal sustentadas las cargas de dirección social y política de los pueblos, que van anejas al encumbramiento jerárquico, llegó a hacerse odioso el monopolio de honras y provechos; pero en tanto que se

consumaba esta decadencia, la aristocracia española dió hermosas muestras de las aptitudes de la raza, de quien era representación selecta, no tan sólo combatiendo en los campps de batalla europeos y americanos, en el Mediterráneo y en los Océanos, sino también sirviendo a la Monarquía en los más encumbrados cargos de la gobernación, en los virreinatos del vasto imperio, en los Consejos y en los grandes patronatos y fundaciones, que la caridad y el espíritu-señoril erigían con benéfica magnificencia. Recordemos también que completó su ministerio, protegiendo las letras y las artes, según atestiguan las biografías de no pocos de nuestros grandes escritores.

A la clase misma que dió asunto para los trabajos de Fernández Béthencourt, pertenece el académico electo por vosotros para reemplazarle, y será justo contarle entre los guardadores más fieles de las mejores tradiciones de ella. Porque cuando la revolución niveladora hubo suprimido la presunción, que atribuía a la noble alcurnia superioridades congénitas, y a cada cual le redujo a ser hijo de sus propias obras, no pocos herederos de ilustres apellidos, títulos y grandezas, se contentaron con el vano esplendor de los blasones, y persistieron contumaces en la inercia, que había contribuído, con daño suyo, a la mudanza de costumbres y de régimen; pero otros de aquellos ascendientes, con mayor sagacidad y con más elevado ánimo, conocieron y conocen el cometido que les incumbe en la vida contemporánea, donde no está extinguido, aunque resulte innovado. Desentendiéndose estos últimos de los alaridos de la pasión política y de los sofismas que urde la envidia, vieron que la novedad operada en la constitución interna de los pueblos, no podría quedar estadi-

za con sólo transferir las funciones directivas a la demagogia, inconstante y desvariada; sino que consistiría en un ensanche del asiento que siempre necesitan los órganos ejecutores del poder soberano; ensanche que se justificó por alcanzar edad cumplida y la consiguiente emancipación, el estado llano.

A fe que esta es operación repetida ya muchas veces, y llamada a reiterarse, en la vida progresiva de la humanidad, que va impulsada por una perenne aspiración al mejoramiento de todos sus individuos, y que cada nueva categoría de éstos no suele conseguirlo sin lucha, ni sería bien que tan llanamente lo lograse, porque haberlo merecido vale como prenda de mejor posesión. Comprendieron, en suma, los más avisados que ser aristócrata no exonera de obligaciones a las cuales por juro de heredad estuvieron sujetos los antiguos oligarcas. Adaptándolas al vivir actual de los pueblos, lo que la alcurnia noble prescribe es el comportamiento de ciudadano distinguido y ejemplar, así para participar en los hoy difundidos ejercicios políticos, como para asistir a las mejores obras sociales, que necesitan siempre la dirección prestigiosa de personalidades selectas. Bien muestra saberlo, con instinto certero, la generalidad de las gentes, que al emprenderlas no suele apiñarse sino alrededor de tales autoridades extraoficiales, a quienes saca, no pocas veces, de una modesta penumbra.

La vida entera del marqués de Figueroa, nuestro nuevo compañero, atestigua que es de los que así descifran el significado de los ilustres apellidos. Enalteciendo más los que heredó, ha repartido sus desvelos entre la política y las letras, sin dejarle resquicio a la ociosidad. En todo le acompañó la modestia, y tan solamente ella puede hallar inmerecidos o desproporcionados, los honores que alcanzó.

Miramientos ostensibles de delicadeza, que me quitarían en todo caso la imparcialidad, me disuaden de reseñar—esta vez valdría por enaltecer—los merecimientos que contrajo y las calidades del ánimo que acreditó, así con su intervención en las sesiones del Congreso de los Diputados, donde fué elegido vicepresidente ha muchos años, como en las funciones de gobierno y de pública administración, siendo ministro de la Corona, y luego perteneciendo al Consejo de Estado, en cuya Comisión permanente sirve. Otros estudios y trabajos suyos ensalzaría, sin embarazo y con plena justicia, si no hallase que caen dentro de la competencia de nuestra hermana la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, a la cual pertenece él también. Me sujetaré a considerarle tan sólo, como cultivador amantísimo de la literatura, siquiera su actividad no se haya circunscrito a este campo, y su ingreso en nuestra Corporación nos ofrezca colaboración más extensa, tan dilatada como es su personal cultura.

Nuestro nuevo compañero maneja el castellano con galanura y pericia, inaccesibles para quien no haya sido lector habitual y cuidadoso de nuestros clásicos. En sus discursos y escritos, incisos y sutilezas de expresión, revelan a las claras la influencia que en la formación de su estilo tuvieron los grandes prosistas, singularmente los místicos, que son los escritores en quienes más perduró el acicalamiento de la edad de oro.

Acabáis de oírle decir que el lenguaje es para él mucho más que expresión fonética de las ideas; es instrumento intrínsecamente bello, para bellas obras; es, además, reflejo de la psicología del pueblo que lo formó. En libro que con el título *Del solar galaico* publicó no ha muchos meses, escribe el

marqués de Figueroa: «El habla ingénita a la raza y propia de la tierra, refleja y resume su ser, contribuye a forjar el sentir y el pensar de las gentes; lo entraña en cierto modo, según la expresión del maestro Benot..... Quien esto ignore, aunque mantenga relación con el país, será extraño a él, hallará mudas las cosas que animan a cuantos, sabiendo interrogarlas, llegan a explicarlas y logran poseer sus secretos.»

Así es, y no puede ser de otro modo, porque no hay intimidad más estrecha que la del alma humana con el lenguaje. Si nos apartamos de cavilaciones vanas, a propósito de la hipotética espiritualidad de una persona que fuere criada monstruosamente, en absoluta soledad, amamantada por las alimañas silvestres; si pensamos en el ser humano a quien únicamente conocemos, el que nace y muere en sociedad, hallaremos que, sean cuales sean los giros de su alma por las órbitas inmensas del conocer, del raciocinar, del sentir afectivo, del imaginar y del querer, nada se define, se concreta, ni se nos hace inteligible, sino habiendo tomado forma en palabras, las cuales, de este modo, resultan inseparables de las ideas, de los sentimientos y de las voliciones. No sobrevienen después de cada operación espiritual: son congénitas en todas ellas.

Esta condición del lenguaje, de ser clave para los secretos de las almas, y aun para los de la naturaleza en cuanto nosotros la conocemos, justificaría siempre (cuando derecho tan elemental hubiera menester de alegatos) el amor inextingible que a la lengua nativa conservamos quienes, por vicisitudes de la existencia, vivimos lejos de la patria chica. El idioma en que de niños balbuceamos, es el ambiente definitivo de nuestra intimidad psíquica. Así como, al concretar conceptos abstractos, suele nuestra memoria convertirse hacia realidades de

aquella nuestra tierra, donde por primera vez aprendimos a entenderlos y distinguirlos, así también, para traducir matices sentimentales, gustamos de emplear los vocablos en los cuales por primera vez tomaron, para nosotros, forma, y hallaron efusión.

Natural es, por lo tanto, que el marqués de Figueroa, poeta, escriba en gallego las *Relembrazas e trasacordos,* que en el ya citado libro reune; notables producciones de un lirismo tan delicado como ingenuo, sólo en la lengua natal habrían hallado expresión adecuada; tuvieran otra, si el poeta no procediese de Galicia, ni radicase allí el histórico solar de sus mayores. Por añadidura acontece que ninguna otra de las hablas peninsulares, aventaja a la galaico-portuguesa para tal género de rimas, que junta en su brevedad la ternura del madrigal, la concisión punzante del epigrama, el suave erotismo de la endecha, y el dejo melancólico de la elegía; florescencia genuina de aquel arte regional, como lo son la muiñeira y la danza del país, las cuales para brotar necesitan de la honda paz campesina, del ambiente brumoso que envuelve los amplios valles, y acaso también (nuestro compañero lo insinúa) del pasado de la raza, que padeció durante siglos la emigración masculina, y hubo de encomendar a la mujer, juntamente con la guarda del hogar, con el cuidado de la hacienda, con la conservaeión de las tradiciones, y con el cultivo de los campos, el de la ingénita poesía que, anidando en tantos corazones, forma un alma colectiva.

Muestras felices de la inspiración de nuestro compañero, pueden recogerse copiosas con abrir al azar las páginas de sus producciones gallegas. No resisto al hechizo de la primera que hallo al hojear en busca de ejemplo, el libro *Del solar galaico*,

recopilación de trabajos bilingües, en que el autor exhuma poesías de la primera juventud, las cuales, con justicia, le han conquistado puesto señaladísimo en el Parnaso regional; ella basta para demostrar que habla un verdadero poeta:

Oxe chorás, neniño, n'emporta;
aixiña has de rir;
Oxe choras, muller... ¡ay teu choro
logo ha de fuxir;
Oxe choran os ceos... ¡Deixalos
que o sol xa vira!
Oxe choras, ti, home, ¡pobre home,
o teu e chorar!!!

La inspiración del poeta y la perspicacia del sociólogo campean por igual, en la composición *Almas e Corpos*, que a continuación transcribo, para deleite del lector.

¡Endeben, s'apartados os corpos,
se xuntan as almas!
o pior é cand'os os corpos se xuntan,
e as almas s'apartan!...
¡Que poucos xa quedan;
cántos son, os qu'a América vanse!
os que deixan a donas e nenos,
chorando n-o lare,
entr'as bagoas, moi tristes, d'a brétema,
e os mais tristes quixumes d'os arbres,
probe a terra, que a man d'as mulleres,
non é pr-a coidare!
Terr' allea consume o traballo,
a forza d'os homes,
e se os frutos d'as leiras non suas,

parecenlles doces,
e que n-las d'a santa esperanza
c'o alento, recollen
a vision d'a Galicia distante
gasalleira e nobre,
de onde chegan, c'os rires d'os nenos,
os sospiros d'as nais que os envolven!...
¡Anque os corpos están apartados,
así as almas se xuntan o lonxe!
. . . . . .
Cando volven pr'o lar e n'atopan
o ben que lles compre,
mais escura, sin lume a lareira,
os eidos mais probes;
os rapaces, sin graceas de nenos,
nin feitos de homes;
a muller, que nin sombra e siquera
d'a moza d'antronte;
realidá que a esperanza dourada
así corresponde,
trae por suma de mal,
o mais grande que o mundo conoce,
o de ver c-o a esperanza caídas
tantas ilusioes!...
¡E qué triste, que os corpos s'acheguen,
e así as almas... s'aparten o lonxe!

Empleo tan legítimo y feliz como este es, del materno idioma, jamás tropezó en España con obstáculos políticos ni sociales. Con ser tan varias, y en ocasiones tan tristes, las vicisitudes que registra nuestra historia, no fueron aquí conocidas las luchas de raza, en que la dueña del poder público per-

sigue a la vencida desde la cuna, se instala en la escuela del párvulo y aplica el indiscreto oído a la cerrada puerta del templo, para espiar hasta la plegaria. Sobre la unión amorosa de un augusto matrimonio se asentó la unidad nacional, y obra de amor y de fraternidad fué su preservación, entre otras razones, porque la fuerza, que hubiera podido suplir al vínculo afectivo, faltó a menudo, como se comprobó en la unión a España, y en la separación, de países peninsulares. La diversidad originaria de los elementos integrantes de la patria española, bastó para requerir que se adoptara, en las relaciones interiores, un idioma común; y no fueron, ciertamente, la intriga, ni la fuerza, quienes impusieron el castellano.

Caso de haberse levantado contra él prevenciones étnicas, o suscitádose recelos políticos, quizá iniciaran nuestros antepasados intentos semejantes al de quienes ahora persiguen la formación de una lengua universal, calificada de «sueño ilusorio», por el nuevo académico. El conato habría tenido, tal vez, la ventaja de que nosotros hallásemos ya escarmentados a los sinceros partidarios de semejante experiencia. Olvidan ellos que no se crea un idioma inventando una gramática, como tampoco se hace poesía rimando frases, ni literatura enristrando pensamientos, ni oratoria hablando seguido. Asequible sería, y por añadidura fácil, concertar un idioma esquemático que reemplazase al mímico, para todo lo trivial, entre gentes que no hallaren otro modo de comunicarse. Tenemos establecido un código internacional de señales policromadas para el telégrafo óptico; con él se entienden quienes no se conocen ni se divisan apenas. Poco esfuerzo se necesitaría para concertar también otro repertorio de señales fonéticas, con el cual se salvarían distancias espirituales. La

jerga así urdida, apéndice adecuado en las guías del turista, reemplazaría con provecho a la que hoy se usa en hoteles, casinos, trasatlánticos y demás lugares de reunión cosmopolita; es decir, entre gentes que permanecen extrañas al encontrarse juntas. Los provechos que del artefacto se obtendrían no habían de parecer desproporcionados con la liviana carga de aprender su manejo. Mas nadie piense que con ello se dispensaría de estudiar las lenguas vivas y muertas, estudio que será siempre indispensable, no ya como gala de cultura, sino para el comercio de nuestra alma con las de nuestros contemporáneos, para nuestra intimidad con las almas selectas que en el curso de los siglos enriquecieron el patrimonio moral de la humanidad, y hasta para el menester cotidiano de arrostrar la lucha por la existencia, que de día en día más se riñe a través de las fronteras y los mares.

Cuandoquiera que entre seres humanos se hallan de comunicar, no ya denominaciones de contadas cosas, o juicios rudimentarios, quizás más sencillos que los que alcanzan los brutos, sino verdaderos raciocinios, cuya originalidad, complejidad, agilidad y sutileza carecen de límite conocido; dondequiera que no se trate tan sólo de dar órdenes a servidores o de cruzar frases escuetas de glacial cortesía; comoquiera, en suma, que brote una efusión del espíritu, sea mental, sea afectiva, se necesitará un idioma, el cual, además, se hallará formado, y estará congénitamente adaptado al discurso, a la imaginación y al sentir propios de quienes hayan de expresarse, porque, si actos tales careciesen de la expresión, mostraríase que no había cosa que expresar.

Decir un idioma, fuere cual fuere, es mentar una máquina complicadísima, cuyas piezas, con el exquisito primor de su

ajuste, no pudieron ser labradas, ni concertadas, sino por muchas generaciones, movidas del continuo afán de reproducir con la materia tosca y limitada de la fonética, la delicada sutileza y la variedad infinita de las ideas y los afectos. Esta forja secular y este intrincado laboratorio donde, por ley de naturaleza, entre alegrías y tristezas, afanes y deleites, se va formando, enriqueciendo y puliendo el habla, desde la interjección casi inarticulada hasta la explicación de abstrusos conceptos metafísicos, o la efusión cordial que así responde al furor frenético como a las más suaves caricias, no podría suplirse con invento alguno artificial, aunque en el loco intento de trazarlo colaborasen todos los ingenios de la tierra.

A causa de la antedicha compenetración del alma y el idioma, éste ha de reflejar forzosamente el sello castizo, característico del pueblo que lo emplea, y porque se adapta a su peculiar condición y sigue sus vicisitudes, como la piel del cuerpo humano, puede la filología esclarecer la historia. Mientras exista diversidad de gentes, razas y pueblos, ella tendrá en la pluralidad de los idiomas, adecuada y espontánea representación.

El amoroso cultivo del habla natal, doctísimamente estudiada, además, por nuestro compañero, en sus Conferencias, del Ateneo de Madrid y del Círculo de Artesanos de la Coruña, no estorbó al marqués de Figueroa para el uso y dominio de la lengua castellana. En lid anónima, y siendo todavía muy joven, obtuvo el premio en un concurso de novelas que cierta Sociedad cultural coruñesa abrió, encomendado el fallo a ilustres personalidades madrileñas. *Antonia Fuertes*, que así se llamaba la obra, y las demás novelas de su autor, *El último estudiante*, *La vizcondesa de Armas*, *Gondar* y *Forteza*, son harto

conocidas para que me detenga a encarecer la sagacidad del observador que en ellas vierte sus acopios, la sanidad moral de sus fábulas, la decorosa limpieza de todos sus pensamientos, la sencillez y naturalidad con que están compuestas, y el esmero del lenguaje, amaestrado en lecturas asiduas y selectas. Pero sí he de reproducir el párrafo final del prólogo que puso a *Antonia Fuertes*. «Escogí como lema—escribía en aquella mocedad suya el marqués de Figueroa—el sabido *Ars et veritas*, lo cual, expresado de otro modo y en romance, quiere decir que parto de la verdad, y que aspiro, como fin, a la belleza.»

Esta ingenua profesión de fe, madurada ya por los años, coincide con la que acabáis de escuchar de labios del nuevo académico. Sin verdad no hay belleza, aunque se puedan causar sensaciones que estragan el gusto, el cual a ella está nativamente aficionado. Crimen de lesa estética es tomar como modelo lo falso, y como fuente de inspiración, lo contrahecho, sin que valga en disculpa un prurito de originalidad, porque el ingenio humano nunca agotará la fecundidad inspiradora de la naturaleza, con tal que no falte sensibilidad capaz de entenderla, y sencillez para acudir a sus conjuros.

Nuestro compañero evoca aquel período de la historia europea, en que prevaleció el «desmesurado afán de dar a todo medida». Los hombres de entonces, juzgáronse capaces de enmendar todo lo creado, desde la vida vegetal hasta los instintos individuales, y así como recortaban artificiosamente el boj de sus jardines, quisieron modelar también los sentimientos pasionales y reducir a fórmulas únicas, no ya las puerilidades de la ética, sino las más violentas acciones y reacciones que se desencadenan en las colectividades humanas.

Decayó el arte; víctima de amaneramiento, perdió hasta el último vestigio de elegancia; asfixiada luego la originalidad por la tiranía pseudo-clásica, quebráronse las tradiciones, en las cuales se ha de apoyar cualquier avance para que la disconformidad no extinga el aliento vital, arcano que la naturaleza siempre recata. No menos que la estética padeció la ciencia, una vez que se apartaron los hombres del venero de la observación ingenua y directa, y sustituyeron el análisis con la vacua disertación, la lógica con la retórica, y la tesis con la hipótesis. No padeció menos la política, que está de suyo obligada a contar, en cuanto es ciencia, con los hechos, y en cuanto es arte, con las circunstancias de cada hora. Padeció el cuerpo social, ánima vil para las más extremas aplicaciones de la teoría, que todo lo supeditaban al rigor algebraico de los llamados principios. Padecieron las corporaciones, natural contextura de los pueblos, porque eran detestadas como monumentos de la execrada tradición. Padeció la personalidad humana cuando se quería exaltarla, porque la suplantó otro ser abstracto, imaginado por los sabios en sus gabinetes; se creyó redimir al albedrío deshaciendo las manifestaciones espontáneas y seculares de la sociabilidad, las cuales eran redentoras efectivas contra la peor servidumbre, la que dimana del desvalijamiento y de la impotencia individual.

Este trastrueque de medios en fines no podía subsistir; pero tampoco fué fácil la convalecencia, incompleta todavía hoy. Con la revolución romántica, el arte se emancipó; exageró luego la reacción un prosaísmo naturalista; halláronse, por fin, más seguras veredas para alcanzar la belleza sin apartarse de la verdad. Emancipóse también la ciencia, y, tras de

correr los glaciares del positivismo, arrancó a la naturaleza secretos portentosos que celaba ella desde el comienzo de las edades; multiplicó las invenciones, rayanas con el prodigio, y difundió el bienestar hasta hacer partícipes a los más humildes. ¡Bendigamos estas jornadas del portentoso resurgimiento! Mas, para generalizar el rescate de la sociedad y del individuo, falta todavía vencer y proscribir al dogmatismo tozudo y voraz que, apoderado de la enseñanza y valido de la publicidad, y aun de la literatura, había conseguido escalar el poder público, y forcejea por mantenerse en sus reductos y por vivaquear en sus intendencias.

Jamás queda impune una violación de la ley natural; costosísima redención de yerros pasados que se perpetraron contra ella son las violentas conmociones que de un siglo a esta parte se padecen.

Puestas a un lado causas subalternas, ésta, que reputo primordial, nos explicará la presente agitación de nuestra existencia.

Sobre ello disertaba el marqués de Figueroa, en noviembre de 1914, al inaugurar aquel curso en el Ateneo de Madrid, cuyo vicepresidente era entonces, y decía: «En la variedad de los influjos que alternan en nuestra vida, y la contradicen y se contradicen entre sí, perduran restos de la filosofía que dió luz, ya en sus postrimerías, el siglo XVIII, luz que resplandeció deslumbrante en el XIX; teoría de la naturaleza, amor de la vida natural, bondad y perfectabilidad de la humana; embriaguez de los ánimos, ganados por el ensueño, que se prolongó, que se engrandeció, por añadidura, con las lucubraciones del idealismo evolucionista, que, desacreditado en las escuelas, sigue influyendo en los partidos. Es sobrema-

nera difícil todo cambio de mentalidad general, persistencia extraordinaria de lo que impresiona atrayendo, porque toma del deseo inspiración para las formas vanas; lo son por carecer de contenido; pero dotadas, por lo mismo, de mayores facilidades para la adaptación, logran el efecto de una perspectiva de que carecen, y ganan las imaginaciones halagando los instintos.»

Así es, en verdad. El atractivo de aquella falsa filosofía, analizada más hondamente por el marqués de Figueroa, en su discurso sobre la *Educación moral*, al ingresar en la Real Academia de Ciencias morales y políticas, logró trastocar en los espíritus conceptos tan capitales como el de la naturaleza y de la humanidad, aun estando cercanas y ostensibles las realidades originales. Parte del embeleso cautivador de generaciones es el culto, no siempre incruento, que se rinde todavía a las palabras-ídolos, sin escudriñar lo que ellas tapan, y aun haciendo profesión de no mirarlo, culto que alcanzó inmensa boga, y, si advertimos muchos, no todos aún, la falacia de tal superstición, es porque el tiempo nos muestra fallidas las esperanzas que el candor puso en la secta. La experiencia, despiadada siempre, y a veces sanguinaria, dió en tierra con los fetiches; pero todavía forman muchedumbre las gentes que aguardan, reputándola indefectible, la expiación del sacrilegio iconoclasta; ¡dudan de lo que ven, y no de lo que sueñan.

¡No! ¡No está en peligro la civilización, como no lo está el derecho, ni la libertad, aunque el fragor de la vida parezca amenaza de acabamiento! Los que yacen derrumbados son los armatostes de estuco y las bambalinas, que con aquellos nombres rotuló la pedante frivolidad de unos pseudo-filósofos, enfrascados en el pasatiempo de rehacer al mundo. La

civilización antiquísima, espléndida y asombrosa (aunque asentada sobre régimen de castas, que execramos hoy por inicuo) que floreció en los pueblos orientales, no pereció al transfundirse en razas muy diversas; quienes, aparte las supervivencias del original, que todavía hoy conocemos, y los vestigios colosales que admiramos, la remozaron y la aproximaron a la verdad, alcanzando los esplendores primorosos del mundo helénico y las majestuosas grandezas del mundo latino. Traída a su apogeo aquella civilización, tampoco feneció (ni siquiera pereció el Derecho, que había sido elevado en el foro romano al nivel de las más depuradas disciplinas) cuando la voz de Cristo emancipó a los humildes, proclamó la fraternal igualdad humana, destituyó a la fatalidad, tirana secular de los individuos y de los pueblos, unció todas las soberanías al blando yugo de la ley moral, y señaló a la persona, libre, responsable, dignificada, su patria definitiva, hacia la cual vino a ser tránsito no más esta vida terrena. La magnitud de aquella subversión que el cristianismo operó en el estado espiritual, social y político del mundo, hace, por comparación, infantiles las ideologías que engreyeron y enajenaron a nuestros abuelos, y que todavía hoy embaúcan a una considerable jerarquía de vulgos. Ni la crisis que estas ideologías provocaron pudo detener, ni otros descaminos algunos que padezca el albedrío humano detendrán jamás el curso ascendente de la civilización; señala la Historia esta ascensión dominando las peripecias accidentales de los siglos, de igual modo que vemos el perfil del horizonte delineado con firmeza sobre las quiebras de las cumbres.

Inmutable y eterno es el ideal, siquiera sus destellos, que deben guiar a la humanidad, se tuerzan, se confundan y se

oscurezcan, una y otra vez, al llegar a nuestra mente. De este daño, tanto más nos preservamos cuanto menos nos obstinamos en contravenir a las leyes naturales de aquello que tratamos o emprendemos, leyes que emanan todas de la única verdad, y que no habían de dejar en estado de anarquía al excelso mundo moral cuando las hallamos tan sabias, tan providentes, tan desveladas y minuciosas en el régimen del mundo físico, desde la rotación de los astros al estremecimiento del animal embrionario o a las afinidades y repulsiones de la materia que llamamos inorgánica, tal vez porque no penetramos el arcano de su vida.

Veo, señores académicos, que, atraído por los temas tentadores del discurso de nuestro compañero, he ido a parar muy lejos del propósito con que empecé a cumplir el cometido grato, que hoy me asignaban los estatutos de la Academia. Era de suyo sencillísimo; presentaros a quien estaba ya presente por sus obras, y darle una bienvenida que la satisfacción de vuestro designio adelantó. Hablando por todos, le digo ahora que esperamos de su celo una colaboración, asidua y provechosa.